Silhouette Desire 129

JOYCE THIES

Hechizados

Hechizados

La primera vez que Taggart y Denise se vieron fue en una cita preparada por un tercero. La impresión que ella causó en él fue lamentable, pero Taggart no tardaría en descubrir que aquella mujer lo había hecho deliberadamente, y que, por tanto, era ella quien no estaba interesada en él... un hombre conocido por su cuantiosa fortuna y por su atractivo. ¿Qué más podía desear una mujer? Denise deseaba algo más, sin duda, y él estaba dispuesto a averiguar, a toda costa, de qué se trataba.

PRÓLOGO

Su primer encuentro con Denise Palmer fue un auténtico desastre, y Taggart se marchó pensando que aquella mujer no lo atraía en absoluto. Todo fue una maquinación de su hermano Raymond, que estaba empeñado en que se conocieran, y de él fue la idea de aquel encuentro a bocajarro en un salón de té de un céntrico hotel de Minneapolis. La entrevista se redujo a veinte embarazosos minutos de conversación anodina, después de los cuales decidieron de mutuo acuerdo que no tenía ningún sentido cenar juntos como estaba previsto, dado que acababan de comprobar que no tenían nada en común.

Algún tiempo después, un día que Taggart contemplaba tranquilamente. La calle desde la ventana de su despacho, volvió a verla, aunque esta vez al volante de un llamativo convertible amarillo. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño que el viento despeinaba, y que la favorecía infinitamente más que el peinado suelto con que él la había conocido. Asimismo, a pesar de la distancia, advirtió sin dificultad que llevaba algo de maquillaje..." curioso, pues el primer día se presentó prácticamente con la cara lavada, mostrando al desnudo sus mediocres facciones.

El coche se detuvo justo enfrente, y Denise corrió al encuentro de su hermano. Charlaron animadamente un momento, y después de darle un paquete, la misteriosa mujer volvió a su coche y salió de a11í a toda velocidad, haciendo chirriar los frenos y dejando a Taggart atónito. ¿Por qué? Muy fácil; por lo que él sabía de ella, aquella tal Denise no conocía lo que era la risa, y en aquel momento acababa de verla riendo a carcajada limpia con Ray. Por no hablar de su cuerpo, que el consabido día de la cita estaba cubierto por un jersey enorme y que de pronto aparecía ante sus ojos realzado por una camiseta y unos pantalones ajustados. Qué piernas, qué cintura, qué pecho! ...

Ciertamente se quedó intrigado por aquel cambio radical, pero hasta cierto punto, pues su cargo de presidente de la compañía Bradshaw Data y Systems lo absorbía demasiado como para andar perdiendo el tiempo pensando en una mujer que por otra parte apenas conocía.

Sin embargo, hasta el tercer encuentro fortuito Taggart no cayó en la cuenta de que Denise lo había engañado deliberadamente el día de la cita. Aquel fin de semana, siguiendo los consejos de su médico, había decidido descansar, y para ello, compró un pequeño yate y fue a navegar por el lago Minnetonka. Se suponía que de ese modo olvidaría un poco las computadoras y conseguiría relajarse...

pero se equivocaba.

Taggart llegó a su embarcadero privado de Carman Bay tenso, nervioso y empapado, y es que Denise Palmer había vuelto a cruzarse en su vida, aunque esta vez a bordo de una veloz lancha motora, y si no se equivocaba, lo había mirado con un mohín burlón, y tanto sus vivaces ojos azules como su cuerpo enfundado en el traje de baño, habían quedado indeleblemente grabados en su memoria. Tampoco se le olvidaba el joven piloto de la lancha, un rubio bronceado todo músculos.

A1 día siguiente, Taggart telefoneó a su nuevo vicepresidente, Raymond Thomas Palmer III para que fuera a su despacho, y cuando estuvo a11í le informó que había cambiado de opinión con respecto a la fiesta que le propusieron y rechazó, y que ahora quería ir. Por supuesto, a Raymond no le contó los motivos de aquel repentino cambio, que no eran otros que un poco de orgullo herido y curiosidad por saber por qué aquella mujer le había tomado el pelo con tanto descaro, y por qué no se sentía interesada por él incluso antes de conocerlo. Para Taggart, uno de los mejores partidos de la ciudad, esto era un suceso extraordinario al que no estaba acostumbrado... Aparte de su dinero, no estaba nada mal físicamente, lo sabía bien, y tampoco le faltaba inteligencia ni simpatía para llevar una conversación interesante. Quizá era un poco arrogante, sí, pero no tenía nada de machista. Era rico, gozaba de una envidiable posición social... ¿qué más se podía pedir?

Si Denise buscaba otra cosa, lo averiguaría en su cuarto encuentro con ella.

CAPÍTULO UNO

En el jardín, los músicos de la pequeña orquesta afinaban sus instrumentos produciendo un discordante sonido que arrancó una mueca del rostro de Denise.

-Te lo digo en serio, Ray; es la última vez que hago esto. La próxima vez que quieras organizar una fiesta, te las arreglas tú solito.

-Siempre dices lo mismo -replicó Raymond contemplando el ir y venir de los camareros que se dedicaban a proveer de comida las mesas desperdigadas por el césped-. Tú tienes un talento innato para organizar fiestas, Denny. Siempre se te ocurren unas ideas maravillosas y originales, sobre todo con la comida. Fíjate, la gente todavía habla de la cena que preparamos el año pasado.

-Te lo digo en serio, Ray; tus zalamerías no te van a servir de nada. Es la última vez.

Denise hablaba con mucha seguridad, pero seguía sabiendo que ella era la primera persona incapaz de resistirse a los encantos de su hermano, que siempre conseguía ganarse a todos con su dulzura y con sus grandes ojos azules. Y sucedía que Raymond, el genio de la electrónica, capaz de montar y desmontar una computadora en un momento, era un manirroto para la más simple de las cuestiones domésticas, y un peligro real en la cocina, incapaz de hervir un poco de agua sin quemarse él o hacerlo con la persona más próxima. Por esta razón, Denise se sentía obligada a protegerlo a él, y con él, al resto de la humanidad.

-Voy arriba a ducharme y vestirme; puedes estar tranquilo, que no me escaparé -dijo Denise cuando todo estuvo preparado-. Ya son más de las siete y tus invitados empezarán a llegar pronto... Tú no toques nada, ¿eh? Por lo menos, que permanezca todo entero hasta que hayan llegado tus amigos.

-Oye, Denny, ¿te he dicho ya a quién he invitado?

-No, pero me imagino que vendrán los de siempre, ¿no? A no ser que te haya dado la locura de encontrarte con un circo ambulante y los hayas invitado a todos, como la otra vez...

Ray sonrió recordando aquella velada memorable.

-No, esta vez no tenemos invitados tan interesantes. Vienen. compañeros de la oficina que tú ya conoces, unos cuantos personajes del mundo del espectáculo y los dos pilotos que viven en esta misma calle. No seremos muchos.

-Me alegro de que no hagas venir a una multitud, porque el jardinero y las señoras de la limpieza deben estar ya un poco hartos de ti. Oye, si tardo más de una hora :en bajar, dile a los músicos que

empiecen a tocar, ¿de acuerdo?

-Sí, querida hermana, pero que conste que la banda punk que vimos en Deejays el fin de semana pasado me hubiera gustado mucho más. Ya estoy aburrido de traer siempre el mismo tipo de música.

Denise subió y se encerró en su dormitorio con un suspiro. Teniendo un hermano como Ray, era comprensible que huyera sistemáticamente de los hombres que pudieran causarle todavía más problemas... Lo que Ray necesitaba era una esposa dedicada a él, que se encargase de mantenerlo a raya y que cuidara como era debido de la mansión de la familia.

Lo malo era que su querido hermano, en vez de meterse en sus asuntos, se preocupaba del mismo modo por ella, y todo su afán era encontrarle un buen marido, con la mala fortuna de que todos los candidatos que elegía nunca eran su tipo.

Ray se pasaba la vida preparándole entrevistas amistosas con todos los altos ejecutivos solteros con los que trabajaba, cuando precisamente Denise no podía soportar a ese tipo de hombres, esclavos de su trabajo y víctimas del "estrés", hombres de tipo A, como ella los llamaba. Denise sabía desde mucho tiempo atrás que sólo accedería a casarse con un simpático tipo clase B: alegre, despreocupado y bien alejado del peligro de un eventual ataque al corazón.

Denise conocía bien los peligros de una vida consagrada al trabajo absorbente, porque su mismo padre había sido así toda la vida, y había terminado muriendo a la edad de cuarenta años, diez años atrás. Dejó a su mujer, Teresa, cuya vida había sido siempre prolongación de la de su marido, sumida en una grave crisis de identidad que todavía no había conseguido superar, y que intentaba paliar inútilmente viajando por todo el mundo en busca de algo que en realidad sólo podía encontrar en sí misma.

Después de la muerte de su padre, Denise tardó algún tiempo en comprender que su propia ambición desmedida no tenía más origen que su afán por complacer las exigencias de su progenitor; así como el miedo a terminar como su madre. Por eso, en un tiempo ella también fue un ejemplar del tipo A, con todos los atributos de agresividad y dedicación exclusiva al trabajo. Por fortuna, supo ver a tiempo el error que estaba cometiendo, y antes de acabar consigo misma, aprendió a relajarse, a pasársela bien y a reírse un poco de la vida.

Así, a sus veintiocho años, Denise había desairado a muchos hombres, pero se sentía muy satisfecha ü, modo de vida. Tenía su

doctorado en psicología, como siempre había querido, trabajaba en una clínica que le pertenecía y llevaba una ajetreada vida social, concediendo su amistad a su reducido grupo de amigos íntimos. De modo que Denise no pensaba en el matrimonio como un medio para llenar un vacío en su vida, sencillamente porque ese vacío no existía.

Justo una hora más tarde, Denise descendía por la escalera luciendo un escotado y sutil vestido de seda negro que armonizaba a la perfección con sus cabellos dorados y su piel bronceada. Un minuto después, al ir a cruzar la puerta para salir al jardín, estuvo a punto de tropezar con Taggart Bradshaw, pero no por ello abandonó su perfecta sonrisa de anfitriona. De todas maneras, aunque no se hubiera interpuesto en su camino, la habría detenido del mismo modo aquel hombre alto y moreno de extraordinario atractivo. Muy a su pesar, Denise se quedó mirándolo como embobada, pues sus ojos, traidores, se negaban a obedecer a su sentido común.

Debería haberse imaginado que Ray, el eterno optimista, había invitado a Taggart a la fiesta sin molestarse en decírselo. Aunque ella le había repetido una y mil veces que el fracaso de la entrevista era debido fundamentalmente a la falta de interés por parte de él, su querido hermano se había negado a creerlo, y seguía con la absurda idea de que estaban hechos el uno para el otro, y al volver a verlo, lo peor era que no sabía qué hacer.

-Buenas noches -le saludó Taggart esbozando una sonrisa de circunstancias

Denise se armó de valor, pensando que quizá el día de la barca no lo había empapado tanto.

-Buenas noches.

-Hace una noche estupenda para celebrar una fiesta con este tiempo -añadió Taggart en el mismo tono de antes.

-Sí, es verdad.

Denise se quedó mirándolo una vez más pensando casi sin querer que aquel era el hombre alto, guapo y moreno que existía en los sueños de tantas mujeres, y ella misma habría caído de buena gana en las redes de su encanto de no saber que detrás de esa estupenda fachada se escondía un alma de ejecutivo entrenada para el éxito y el trabajo. La única conclusión posible era que estaba dispuesta a abrirle la puerta de su clínica para un rápido tratamiento, pero por nada del mundo la de su dormitorio, pues estaba claro que una relación con un hombre como él resultaría a la larga perjudicial para su salud.

-Discúlpame un momento -dijo apresuradamente-. Acabo de ver a unos amigos a los que tengo que saludar.

Dicho esto, y antes que Taggart pudiera reaccionar, Denise se alejó de a11í a toda la velocidad que su estrecho vestido le permitía. Ahora se daba cuenta de que el numerito que había organizado en su primera cita a ciegas de nada servía, pues no había contado con la posibilidad de volverlo a ver...

-Me alegro de volverte a ver, Denise -dijo Taggart desde detrás con aquella voz profunda y atractiva que Denise recordaba tan bien de la otra vez.

-Vaya por Dios! -murmuró Denise entre dientes, volviéndose a él de nuevo.

-¿Cómo has dicho? -preguntó Taggart-. Perdona, pero no te entendí bien.

-Decía que yo también me alegro de volver a verte, Taggart -contestó ella.

Se lamentó para sus adentros de aquella estúpida manía suya de expresar sus pensamientos en voz alta.

-Me sorprende verte aquí. Nunca habría pensado que te gustaran las fiestas -añadió Denise con una débil sonrisa.

-Sí, la verdad es que no me gustan.

-Entonces, ¿por qué has venido?

-Porque Ray sigue empeñado en que tú y yo deberíamos conocernos mejor.

-Sí, ya lo sé -asintió Denise, tratando de disimular por todos los medios la mueca de disgusto que pugnaba por asomar a su rostro.

-La verdad es que no te conocí demasiado bien en nuestra cita, pero Ray me contó que eres doctora en psicología. De lo que no me ha hablado nunca es de tu personalidad múltiple. Te aseguro que nunca he conocido a una persona tan versátil como tú.

Denise no sabía muy bien a qué venía todo aquello; En todo caso, no parecía enfadado con ella y se mostraba incluso dispuesto a charlar, cosa por demás sorprendente, si no impresionante, pues venía a demostrar que no era en exceso orgulloso, lo que era sin duda un punto a su favor.

-Si lo dices por el papel que estoy representando ahora mismo de perfecta anfitriona, tienes razón. Las fiestas de mi hermano son increíbles; uno debe adaptarse a todo.

Su mirada se dirigió hacia una mesa en torno a la cual se había congregado un grupo de hombres de aspecto aburrido que se entretenían echando pulsos bajo la atenta mirada del párroco del pueblo, y de dos despampanantes rubias en bikini que debían haber

llegado a la fiesta en barco.

-No, no me refiero a eso. Pensaba en tu habilidad para disfrazarte y hacerte pasar por lo que no eres, por no hablar de tus aptitudes como conductora de coches de carreras y de motoras.

Taggart contempló sus ojos atónitos, feliz de haber conseguido por fin captar por completo su atención. De pronto se dio cuenta de que tenía unos ojos preciosos, y se maravilló de no haberlo visto la primera vez. Pero pronto cayó en la cuenta de que aquel día fatídico del hotel, Denise llevaba puestas unas enormes gafas oscuras que no se quitó en ningún momento.

-No lo comprendo -mintió Denise, que por el contrario comprendía demasiado bien.

-Verás, da la casualidad de que un día te vi entrar como una centella en el estacionamiento de la empresa, al volante de un convertible amarillo, si no recuerdo mal, y me pareció increíble que fueses la misma chica engreída y silenciosa que conocí en el hotel. ¿Comprendes mi asombro?

-Sí, un poco -repuso Denise haciendo una mueca.

-Pues eso me lleva a pensar que ya antes de conocerme estabas predispuesta contra mí por alguna razón que no conozco, y por eso hiciste todo lo posible para parecer lo que no eres. Ahora, si no te importa, vamos a sentarnos en esa mesa y me lo cuentas, ¿de acuerdo?

Diciendo esto, la cogió de la mano y la condujo hasta una mesita, donde se sentaron el uno frente al otro.

-Tienes razón -asintió al cabo de un rato Denise, un poco avergonzada-. Creo que mereces una explicación.

-No es que merezca nada, Denise. Es cuestión de curiosidad. Dime, ¿por qué te portaste de ese modo tan extraño la primera vez, cuando está tan claro que eres una mujer atractiva, alegre y que incluso eres capaz de mantener una mínima conversación?

En este punto, Taggart alargó la mano por encima de la mesa y la depositó sobre la suya, entrelazando los dedos con los de ella, consiguiendo casi que Denise se olvidara de todas las juiciosas razones por las que se negaba en redondo a conocer mejor a aquel hombre. Sus dedos ejercían un extraño efecto en todo su cuerpo, que parecía querer caldearse con ellos. Aquello sólo tenía un nombre: deseo, simple y llanamente. En cuanto esa señal de peligro alcanzó su cerebro, Denise retiró a toda prisa la mano.

-Como tú eres el jefe y el amigo de Ray, no quería herir tus sentimientos. Llegué a la conclusión de que sería mucho mejor para todos hacer lo posible para que fueras tú quien decidiera libremente

que no estabas interesado en mí.

-Muy amable -contestó Taggart, y no sabiendo qué hacer con las manos, buscó en el bolsillo de su chaqueta un paquete de cigarrillos.

-Lo que pasa es que no se me ocurrió pensar entonces que era muy probable que nos volviéramos a ver, y que tú lo descubrirías en seguida que...

-Que me habías tomado el pelo descaradamente -concluyó Taggart encendiendo un cigarrillo.

Denise asintió, cada vez más violenta.

-Lo que pasa es que tú debes ser el número quince de los hombres con quienes mi hermano ha intentado emparejarme, y...

-Muy halagador. Desde luego, como con tus pacientes seas así, debes acabar con su salud mental en dos días.

-¿A qué viene esto ahora? Tú no eres uno de mis pacientes.

-Cierto. Pero vete tú a saber, a lo mejor, si lo fuera, me tratarías mejor...

-Sí, es posible. Y también te digo que quizá te haría falta un pequeño tratamiento. Necesitas un psicólogo, Taggart.

Taggart la miró horrorizado.

-Pero qué dices! ¿Insinúas de verdad que yo necesito tratamiento psicológico?

Denise se encogió de hombros, pero luego se dio cuenta de que no podría irse de allí sin contestarle. Su intuición profesional le decía que Taggart no era un hombre que admitiera que tenía un problema hasta que se viera metido hasta los huesos en él, pero aun sabiendo eso se creía en el deber de advertirle unas cuantas cosas.

-Está bien, contestaré a tu pregunta cuando me hayas dicho unas cuantas cosas.

-¿Qué quieres saber?

-No te preocupes, no tengo ninguna intención en profundizar en los terribles secretos de tu pasado. No te haré ninguna pregunta personal.

Taggart le lanzó una mirada cargada de insinuaciones.

-Es una pena -dijo con voz acariciadora-. Yo estoy deseando contarte todas las cosas personales que quieras saber.

-¿Cuántos cigarrillos fumas al día?

Taggart se quedó mirando el paquete que tenía en la mano como si nunca lo hubiera visto antes.

-Por favor, no irás a decirme ahora que eres de esos fanáticos obsesionados con la idea de que los fumadores ensucian el aire que ellos respiran.

-¿Cuántos? -insistió Denise sin inmutarse.

-Dos o tres paquetes diarios.

-Ya -dijo Denise con aire de experta.

Inmediatamente, él se puso a la defensiva.

-¿Y qué si fumo? Es mi cuerpo y hago con él lo que quiero.

-Tienes razón --contestó Denise, que sabía bien que discutir no servia de nada-. ¿Sueles tener problemas para dormir?

Taggart la miró sorprendido ante tan brusco cambio de tema, y contestó sin pensar:

-Todo el mundo sufre insomnio de vez en cuando.

-¿Qué me dices de indigestiones?

-Alguna vez.

-¿Dolores de cabeza?

-Eso es inevitable.

-Pero Bradshaw Data Systems no habría llegado donde está hoy si Taggart Bradshaw no revisara hasta la saciedad cada nuevo proyecto -afirmó Denise con una sonrisa comprensiva-. El señor Bradshaw es un perfeccionista que exige lo mejor y siempre de lo mejor. El comprueba personalmente todos los circuitos de su empresa y no descansa hasta que los ve trabajando a plena capacidad. A los treinta y cinco años ha conseguido mucho más que la mayoría de los hombres que le doblan la edad.

Taggart empezaba a sospechar que tantos cumplidos eran cualquier cosa menos cumplidos, pero no alcanzaba a comprender qué se proponía Denise con aquel discurso. En todo caso, no le gustaba en absoluto ser objeto de interrogatorios, y empezaba a perder la paciencia.

-En efecto, me siento orgulloso del éxito de mi empresa, y creo que con razón. Bradshaw Systems ha alcanzado un éxito importante y seguirá avanzando en un campo altamente competitivo.

-Desgraciadamente, no puede decirse lo mismo de su joven, dinámico y atractivo jefe, Taggart Bradshaw -dijo Denise con firmeza-. Lo único que él saca en claro de tanto trabajo es el insomnio, la hipertensión, los inicios de una úlcera y una preocupante tos de fumador.

Taggart, halagado por una parte al oírse llamar dinámico y atractivo, encontraba ridículas a indignantes las consecuencias a las que Denise había llegado con respecto a su salud, sobre todo teniendo en cuenta que su médico le decía exactamente lo mismo. Una cosa estaba clara; lo último que él necesitaba era otro médico en su caso.

-Y bien -preguntó Denise-, ¿tengo razón o no?

Taggart reaccionó como siempre había hecho. La mejor defensa era un buen ataque, lo sabía por experiencia, y le paraba los pies pronto a aquella mujer o podría llegar demasiado lejos.

-Si no me equivoco, veo que prefieres los músculos al cerebro... por ejemplo, ese tipo con el que ibas en la lancha. Lo único que te preocupa de mí es que estoy arriesgando la salud, pues para ti sería una pérdida de tiempo estar con un hombre que no se cuida, pero que puede estimularte mentalmente, que tiene algo en la cabeza, no como ese muñeco de músculos...

-Mira, si yo sólo buscara estímulos mentales, me iría con uno de tus empleados, ¿comprendes? Así por lo menos no tendría la preocupación de que se me quedara muerto en los brazos de un ataque al corazón si yo quisiera... hacer algo un poco más cansado que simplemente charlar.

Taggart la miró boquiabierto, mientras en su imaginación se sucedían una infinidad de sugerencias eróticas. Era la primera vez en su vida que una mujer se atrevía a poner en tela de juicio su virilidad, y lo primero que le vino en mente fue agarrar a esa Denise, llevarla a un rincón oscuro, y demostrarle lo cansado que podía llegar a estar sin sufrir un ataque al corazón.

-Una cosa te aseguro, doctora Palmer, estoy dispuesto a aceptar cualquier desafío que me plantees, tanto si es en la cama como fuera de ella. ¿Te parece que vayamos a un sitio un poco más privado para demostrarte lo equivocada que estás, o prefieres que hagamos una pequeña prueba aquí mismo?

Denise lo escuchó sin pestañear.

-De acuerdo, el lunes a las nueve, si te parece bien -respondió tranquilamente.

-El lunes a las nueve -repitió Taggart como un autómata.

Denise asintió, conteniendo a duras penas la risa al ver su cara de estupefacción.

-Hoy me llamó un paciente para anular su cita, así que puedes venir a hacer una consulta gratis el lunes a primera hora.

CAPÍTULO DOS

Denise esperó unos instantes, pero Taggart la miraba sin hablar. Comprendía, por lo general, que a ese tipo de hombres les resultaba casi imposible aceptar la derrota, y en aquel momento, él estaba haciendo un enorme esfuerzo de voluntad para no explotar.

-¿Y bien? -preguntó por fin-. ¿Te parece bien a las nueve o no? Siempre podemos cambiar la hora de la consulta.

Taggart la miró echando chispas.

-Lo estás diciendo en serio, ¿verdad?

-Has sido tú quien ha dicho que estaba dispuesto a aceptar cualquier desafío. Por supuesto, no estás obligado...

-Estaré a11í a las nueve en punto -rugió Taggart, que en aquel momento la habría estrangulado de mil amores.

Había tropezado con muchos hombres y mujeres inteligentes en su vida, pero ninguno, absolutamente ninguno, había conseguido desconcertarlo con tal facilidad.

-No te arrepentirás, Taggart -dijo entonces Denise en tono conciliador-. Este tipo de tratamientos es mi especialidad; ya verás cómo puedo ayudarte. Lo primero que debemos averiguar son las causas de tu comportamiento; entonces tendremos ganada la mitad de la batalla.

Una vez más, Taggart tuvo que contenerse para no cometer una barbaridad... encima que le hacía pasar aquel bochorno, se dedicaba a regodearse con la bromita, ¿eh? Bien, él le enseñaría.

-Para ahorrarte un montón de preguntas e indagaciones te digo desde ahora que yo odiaba a mi madre. Esa es la causa profunda que los psicólogos buscan siempre, ¿no?

El mismo Taggart no se dio cuenta de la amargura con que había dicho aquello, pero Denise la captó al vuelo.

-No necesariamente. ¿Tú crees que el odio que sientes hacia tu madre es la fuerza que te empuja a hacer todo lo que haces?

Taggart sacudió la cabeza, contrariado.

-Debería haberme imaginado que ibas a responder a mi pregunta con otra pregunta. Eso también es muy propio de los psicólogos, ¿no? Te advierto una cosa, doctora: no estoy dispuesto a pagar una factura disparatada simplemente para que me vuelvas a repetir algo que yo ya sé de sobra. Espero de ti algo mejor.

-Descuida, en la primera sesión te facilitaré un esquema detallado de mi terapia.

Poco a poco, Denise se iba haciendo consciente de que había algo en ese hombre que la provocaba, pero ese mismo algo era la causa de un cierto recelo a entablar con él una relación

excesivamente personal.

-Yo siempre he tenido la idea de que las personas que van al psicólogo lo hacen porque algo no anda bien en su cabeza.

-¿Te estás echando atrás?

Taggart tomó un vaso de vino de la bandeja que le tendía un camarero y lo vació de un trago.

-¿A qué iba a referirse sino?

-Yo creo que debes haberla entendido mal, porque mi hermana no se dedica al psicoanálisis. Su especialidad es la hipnosis como terapia.

-¿Cómo dices? -casi gritó Taggart, incorporándose en su silla.

-Sí, utiliza la hipnosis para librar a la gente de los malos hábitos. ¿No te he dicho ya que fumas demasiado?

-Sí.

-Entonces seguro que quiere quitarte el vicio.

-¿Me estás diciendo que tu hermana cree en esas tonterías?

-No es ninguna tontería, todo lo contrario, funciona de verdad. Mi hermana ha conseguido que mucha gente deje de fumar, o pierda peso o se recupere del insomnio. Sobre todo, ayuda a solucionar problemas relacionados con el "estrés".

-¡Será!... . . .

-Será mejor que no te excites tanto delante de ella o te tomará como otra señal inequívoca de exceso de tensión y te someterá al tratamiento completo.

Taggart lanzó una mirada vengativa al vacío.

-Te doy las gracias por la información, Ray. Ahora, si me disculpas un momento, voy a enseñarle a tu querida hermana lo que es el "estrés".

-Me parece justo -respondió Ray, viéndolo alejarse en dirección de la terraza.

Denise se percató de la presencia de Taggart antes de verlo o de oír su voz, y esta sensibilidad excesiva la dejó un tanto preocupada, sobre todo cuando él empezó a hablar y ella sintió algo similar a un escalofrío interno.

-Están tocando nuestra canción, Denise -dijo él, poniéndole la mano en el hombro-. ¿Quieres bailar?

-Hmmm... una proposición muy interesante -murmuró Denise-. No conoces a Ken Johnson, ¿verdad? Es un buen amigo mío.

El susodicho amigo resultó ser un gigantón musculoso similar al de la lancha. Denise continuó con las presentaciones, pero ninguno de los dos hombres parecía interesado en conocer al otro. De hecho, el tal Kent parecía demasiado obsesionado con los canapés del

buffet como para preocuparse de nada más.

-Kent, ¿te importa que te deje solo para ir a bailar

Kent, que tenía la boca llena, le contestó con un gruñido indiferente.

-Debe ser que no le importa -murmuró ella intercambiando una rápida mirada con Taggart-. Y yo dándomelas de mujer fatal cuando a esa masa de carne le atraen mucho más los canapés fríos que mi encantadora persona... ironías de la vida.

Disimuladamente, Taggart la llevó a la zona más oscura de la pista, y allí empezaron a bailar.

-No te preocupes, Denise, ibas por buen camino. Toda mujer fatal que se precie sabe de sobra que el mejor camino para conquistar a un hombre es su estómago. Lo que pasa es que un individuo del tamaño de Kent tiene mucho camino que recorrer.

-Debe haber sido por eso -repuso Denise, echándose a reír y olvidando por un momento que bajo ningún concepto quería disfrutar de la compañía de Taggart.

A partir de ese momento guardaron silencio y se limitaron a bailar, cada vez más juntos, hasta que llegó un momento en que Denise ya no tuvo ninguna duda acerca de la excelente forma física de Taggart y empezó a asustarse de las reacciones de su cuerpo a los estímulos recibidos. Sentía su pecho duro. fuerte, y le embargaba sin querer el deseo de apoyar la cabeza en su hombro y abandonarse a la dulce sensación que la invitaba a rendirse.

De pronto, Taggart le susurró al oído:

-Denise, ¿por qué no pones en práctica conmigo uno de tus embrujos? Ya te habrás dado cuenta de que yo soy un individuo muy receptivo, tanto que en cinco minutos que he estado contigo me has convencido para que me someta a tus prácticas hipnóticas.

Denise, al oírlo, se echó hacia atrás, pero él la sujetó firmemente por la cintura.

-Has estado hablando con Ray -dijo ella en tono fatalista.

-Efectivamente.

-Y ahora que ya sabes lo que hago en mi clínica, no querrás venir el lunes.

-Iré de todas formas.

Denise lo miró con los ojos muy abiertos.

-¿Vendrás?

-Por supuesto que sí. ¿Qué tiene de malo? Además, cuando yo acepto un desafío, nunca me echo atrás. Y... ¿qué pensarías tú de un hombre que acepta un desafío - y luego se arrepiente?

Denise, demasiado concentrada en las manos de Taggart, que

acariciaban sensualmente su espalda desnuda, trató de encontrar la respuesta más neutral posible.

-Lo que yo pensara dependería del desafío... y también del hombre.

Taggart esbozó una sonrisa tan peligrosa, que a Denise más bien le pareció una amenaza..

-No sé si recordarás que este hombre que ahora mismo está hablando contigo lo ha dicho, no hace mucho, que estaba dispuesto a aceptar cualquier desafío que tú le propusieras,, fuera en la cama o fuera de ella. Por ahora sólo hemos planteado la mitad del trato... ¿qué te parece si empezamos a hablar ya de la otra mitad?

Antes que empezara a hablar, Denise ya sabía muy bien que se disponía a decir algo semejante, pero aun así, se quedó sin saber qué responder. Ella, tan aficionada a las frases irónicas y retorcidas, en aquel momento decidió que lo mejor era darle una respuesta clara y precisa.

-Quiero que tengas claro que yo no tengo la menor intención de desafiarte en la cama. Yo...

-¿Por qué no quieres? ¿Es que temes que yo no esté a tu altura o piensas que tú puedes ser demasiado poco para mí

Denise levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

-Ninguna de las dos cosas. Mi interés por ti es meramente profesional. Creo que es mi deber ayudarte dado que yo estoy especializada precisamente en los males que tú padeces.

Taggart le dirigió una mirada llameante, y tardó un poco en responder.

-Por lo menos yo soy honesto, y no rechazo tu oferta sin antes darte la oportunidad de demostrarme lo que dices.

-¿Insinúas que yo no soy honesta? Hasta ahora sólo te he engañado un poco el primer día que nos vimos, presentándome como no era y hoy quizá un poco porque te he dejado sacar conclusiones falsas acerca de mi trabajo, pero nada más.

-Lo que te estoy diciendo es que no eres sincera contigo misma.

No bien hubo dicho aquello, la música cesó, antes que Denise pudiera asimilarlo. Entonces sintió un alivio enorme porque Taggart la había soltado, alivio que duró poco, porque un momento después la arrastró literalmente hacia la parte trasera de la casa, y cuando quiso darse cuenta se encontró a solas con él.

-Acabas de decirme que te sientes obligada a ayudarme porque conoces muy bien la naturaleza de mi mal...

Denise empezó a retroceder, pero Taggart la seguía, implacable, hasta que al fin, la acorraló contra la pared, y apoyando las manos

en el muro, la inmovilizó entre sus brazos. Para su desesperación, Denise comenzó a temblar de excitación.

-Pero, ¿tú que te has creído? -preguntó sin mucha convicción.

-Yo no me he creído nada. Lo único que quiero es que seas justa conmigo y me des una oportunidad.

-¿A qué viene eso de la justicia ahora? ¿Y qué oportunidad es la que quieres?

-Quiero que me des la oportunidad de demostrarte que yo estoy calificado para curarte de un mal que tú estás sufriendo ahora mismo.

Denise lanzó un suspiro de desesperación, motivado en primer lugar por su engreimiento, y después porque se sentía descubierta... y no había nada más peligroso que un hombre que se supiera deseado.

-Mira, Taggart, lo único que te pido es que me demuestres que no eres tan insoportable como pareces.

-Piensa una cosa, Denise, si quieres aplicarme tu terapia hipnótica, será mejor que no te dediques a contarme mentiras antes, porque puedo perder la confianza en ti y eso perjudicaría el tratamiento, sin duda -le advirtió, acariciando ya con la mirada sus labios-. Lo que tú deseas verdaderamente en este momento es que deje de hablar y te bese de una vez. Te mueres de ganas de saber cómo beso.

-Siento decirte que te equivocas de medio a medio, porque no solamente no me muero de ganas, sino que podría vivir tranquilamente el resto de mis días sin saber cómo besas y después me moriría tan a gusto.

Mientras decía eso, Denise se maravillaba de su capacidad para mentir, pues prácticamente temblaba de la impaciencia. Acababa de comprobar que aquel hombre conseguía debilitar su voluntad hasta límites insospechados, y esta certeza la excitaba aún más.

-No te preocupes, Denise, que no tendrás que esperar toda una vida porque voy a satisfacer tu curiosidad ahora mismo -diciendo esto, bajó la cabeza hasta que sus labios estuvieron a unos centímetros de los de Denise-. Será una primera consulta gratuita. También te aseguro que estoy dispuesto a cubrir aquellas necesidades que se te ocurran en futuras sesiones. Normalmente, soy encantador con las mujeres que deseo, ¿sabes?

Denise sabía que debía detenerlo antes que empezaran a surgir aquellas otras necesidades que él había mencionado, pero cuando quiso hacerlo era ya demasiado tarde... Taggart besaba maravillosamente bien. Sus labios eran suaves y dulces y despertaba

en ella todas las fibras de su cuerpo.

Sin embargo... el hecho de que besara de aquella manera tampoco garantizaba que fuese igualmente bueno como amante... al menos no necesariamente. Pero lo malo era que Denise sospechaba que sí, y lo que era todavía peor, el deseo por comprobarlo se hacía demasiado fuerte como para soportarlo. Porque si era capaz de excitarla de aquella manera moviendo sólo los labios, ¿qué no sería capaz de hacer cuando entraran en juego sus manos y todo su cuerpo? Movida por estos pensamientos, Denise le echó los brazos al cuello y se abandonó por completo a la tentación.

Cuando sintió los insinuantes movimientos del cuerpo suave de Denise contra sí, y sus caricias provocadoras, Taggart comprobó que aquella mujer era tan sensual como había creído desde un principio. Sí, Denise Palmer era muy capaz de volver loco a un hombre, y él, en aquella ocasión, estaba dispuesto a correr ese riesgo.

Por fin se separaron, no porque la pasión hubiera disminuido lo más mínimo, sino porque ambos habían recordado al unísono que respirar es una necesidad vital necesaria.

Denise se dejó caer contra la pared con los ojos cerrados, murmurando:

-Ya sabía que me iba a encantar besarte... que me iba a gustar demasiado.

-Vaya, yo esperaba un poco más de emoción después del acontecimiento.

-Pero tú... ¿por qué has tenido que ser tú precisamente, Taggart Bradshaw, el rey de las computadoras'? No sé en qué estaría yo pensando para permitir que esto ocurriera.

-Está claro que hay algo en mí que no te gusta. ¿Puedes decirme qué es?

Se lo preguntó adoptando de pronto una actitud ofendida y seria, mirándola con unos ojos que echaban chispas.

-No es nada personal, Taggart -repuso Denise, intentando calmarlo-. Estoy segura de que debes ser un excelente amante. Lo que ocurre es que eres un individuo del tipo A. y éstos traen muchos problemas, problemas que yo no quiero tener en mi vida privada, ¿comprendes'? Ya tengo que tolerar bastante de eso en mi trabajo para encima tenerlo también en los ratos de ocio.

-Pero, ¿de qué demonios estás hablando'? ¿Qué es eso del tipo A'?

Denise se alejó de la pared y avanzó unos pasos. Conocía muy bien las reacciones de los individuos hiperviolentos, y no deseaba provocar la ira de Taggart.

-Yo preferiría discutirlo tranquilamente el lunes en la consulta, pero dadas las circunstancias, me imagino que no tendrás ganas de esperar tanto.

-¡ Imaginas bien!

-Cálmate, Taggart. No hay necesidad de enfadarse. Si de verdad quieres, te lo diré ahora mismo.

-Yo no estoy enfadado. Y ahora deja de observarme como si fuera uno de esos locos de tus pacientes, y empieza a hablar.

Denise se ruborizó y bajó los ojos.

-Muy bien, como quieras, pero este lugar no me parece el más apropiado para una conversación de esa índole.

-No veo por qué.

No obstante, la siguió sin protestar cuando Denise entró en la casa y lo condujo hasta la habitación que había sido el despacho de su padre.

-Aquí podremos hablar con más tranquilidad -dijo cerrando la puerta.

Taggart soltó una carcajada burlona.

-Si estamos completamente solos, yo no respondo de mis actos.

-No te preocupes, que no va a pasar nada. De eso me encargo yo.

-Es un despacho muy bonito -comentó Taggart mirando a su alrededor, comprobando, además, que los libros de las estanterías eran de su agrado-. Si viviera en esta casa, pasaría mucho tiempo en esta habitación... ¿tú la usas mucho?

-Yo no vivo aquí -respondió Denise acomodándose en el sillón del escritorio-. Siéntate. Ahora te diré por qué te considero un tipo A y también por qué pienso que puedes llevar una vida mucho más saludable gracias a la terapia de la hipnosis. Cuando haya terminado de explicártelo, puedes hacerme cuanta pregunta se te ocurra.

Taggart estaba un poco impresionado por el tono frío a impersonal que acababa de adoptar, pero no obstante dijo:

-Espera un momento, porque quiero preguntarte algunas cosas antes que empieces.

-Sí, sí, pregunta lo que quieras.

-Si no vives aquí, con Ray, ¿dónde vives?

-Tengo un chalet en Spring Park Bay, pero no comprendo a qué viene esta pregunta ahora.

-¿Es esa urbanización que hay en la carretera de Wilshire?

-Sí. Mound, donde está mi clínica, queda muy lejos de aquí, y si tuviera que ir y venir me pasaría el día en la carretera. Quería seguir viviendo en el lago, pero al mismo tiempo cerca de la clínica,

así que el mejor lugar era Strathaven Court.

-Ahora comprendo por qué se te ve siempre en compañía de esos tipos. Son vecinos tuyos, ¿verdad?

-Sí, son unos amigos míos que viven en la casa de al lado y con los que tengo alquilada a medidas una lancha.

-Muy práctico.

-Sí, es cierto -asintió Denise un tanto irritada-, y nos la pasamos de maravilla los cuatro juntos.

-Si te lo pasas tan bien entonces seguro que ellos no son individuos del tipo A, ¿verdad? Porque claro, si lo fueran, no te relacionarías con ellos.

-No importa lo que ellos sean o dejen de ser, porque estamos aquí para hablar de ti.

-Eh; no te pongas así, porque yo creo que mi curiosidad está más que justificada, y si no atente a los hechos: primero, te restriegas literalmente contra mí en la pista de baile; segundo, me besas como una maníaca, y por último me dices que no te intereso porque no te gusta mi tipo. Ahora me cuentas que con tus vecinos te la pasas estupendamente... ¿qué quieres que piense yo? Pues que te gustan los tipos musculosos. Quizá yo, con un régimen a base de ostras y un poco más de ejercicio, a lo mejor consigo algo, quién sabe.

Mira, sabiendo lo que cobran los psicólogos, casi prefiero esa situación antes que someterme al tratamiento. Aunque, si a base de hipnosis voy a desarrollar los músculos, casi prefiero pagar lo que haga falta.

Denise, que había llegado al colmo de su paciencia, soltó una especie de bufido, y se puso de pie con gran estrépito.

-Está muy claro que no quieres tomar en serio mi profesión, ni a mí misma, ni siquiera a tu salud... a11á tú, es tu problema. En ese caso no tenemos nada más de que hablar. Yo vuelvo a la fiesta.

Taggart no se movió ni dijo nada hasta que Denise estuvo fuera de la habitación. Entonces gritó:

-Nos veremos el lunes!

-No lo creeré hasta que no te vea a11í..

CAPÍTULO TRES

La mañana del lunes, Denise llegó a su despacho a las ocho en punto, se sentó, y pasó la hora siguiente mirando el reloj y preguntándose una y otra vez si Taggart mantendría o no su promesa de acudir a la cita. La verdad era que, recordando todo lo sucedido en la fiesta de Ray, casi prefería que no apareciera.

Cuanto más pensaba en él, más claro veía que cualquier relación que estableciera con aquel hombre, fuera profesional o de otra índole, era un tremendo error. Sí, ella sabía que a muchas mujeres les encanta soportar a los hombres obstinados, imprevisibles e iracundos, pero ella tenía muy claro que el hombre de su vida debía ser un tipo tranquilo, sereno y más bien frío.

-La verdad es que invitándolo a venir aquí me he puesto en sus manos -murmuró entre dientes.

En aquel momento entró en el despacho Grace Fuller, su secretaria, que la miró estupefacta al oírla hablar sola.

-Parece que hoy te has levantado de mal humor, ¿eh? -y dejando encima del escritorio una taza de café recién hecho, añadió-: ¿La pasaste mal en la fiesta de Ray?

-Sí, en cierto modo mi malhumor está motivado por eso -respondió Denise, sonriendo a su simpática, atractiva y embarazadísima secretaria-. ¿Y tú? ¿Qué tal te ha ido el fin de semana?

Grace tardó un momento en contestar.

-Bueno, digamos que me alegró inmensamente él tener que venir a trabajar esta mañana.

Denise comprendió de inmediato que Grace había vuelto a discutir con su marido la conveniencia de que dejara de trabajar ya, cuando sólo faltaban seis semanas para el parto. Él insistía en que lo hiciera, pero ella estaba empeñada en seguir al pie del cañón hasta que sintiera el primer dolor de las contracciones. Denise no podía hacer nada, tan sólo desear que la sangre no llegara al río y que todo marchara bien cuando después del alumbramiento Grace intentara compaginar el trabajo con sus deberes de madre. Grace, a sus veinte años, tenía energía y deseos para todo.

-¿Quieres contarme qué ha pasado?

-No, prefiero que tú me cuentes qué tal estuvo la fiesta. ¿Hubo otra invasión de desconocidos como la del año pasado?

-No, gracias a Dios, no. Ni siquiera mi hermano organizó ningún juego de los suyos. La fiesta estuvo fenomenal.

En aquel momento miró el reloj y vio que eran las nueve menos diez, lo que, para gran alivio suyo, significaba que Taggart ya no

llegaría, pues los individuos del tipo A se caracterizaban, entre otras cosas por acudir demasiado pronto a sus citas.

-Lo único -añadió alegremente- es que tuve un encuentro un tanto problemático con un amigo de Ray, pero ahora ya ha dejado de preocuparme. Dime, ¿a qué hora llega el primer paciente de hoy?

-A las diez y media. Es la señora Gander.

-Fabuloso. Entonces, tengo tiempo de sobra para arreglar todos estos papeles. Pero antes, Grace, quiero que me cuentes qué es lo que te tiene tan preocupada, porque te conozco, y sé que hasta que no lo saques fuera no te vas a quedar tranquila.

-Pero Denise, si es verdad que estás de malhumor, no quiero empezar a molestarte con mis problemas.

Después de echar otra ojeada al reloj para asegurarse, Denise contestó:

-Te digo que estoy de excelente humor, y aunque no lo estuviera, ¿desde cuándo ha tenido importancia eso a la hora de charlar?

Grace miró a su jefa con sus grandes ojos castaños llenos de lágrimas.

-Tienes razón, eso nunca ha importado. Lo único que hay que contar es que ayer Michael y yo volvimos a discutir, pero esta vez lo dejé.

-Pero Grace, si lo dejas cada vez que tienen la más mínima discusión... Si no recuerdo mal, en lo que va del mes lo has dejado ya cuatro veces.

-Pues digas lo que digas, esta vez es distinto, porque no pienso ir a dormir a casa. A ver qué tal le sienta dormir en una cama vacía! -exclamó en tono de venganza-. ¿Sabes lo que dice? Que como ya se acerca el día del parto no debemos hacer el amor, y el muy terco quiere dormir en el sofá hasta entonces.

-Mike lo quiere muchísimo, Grace, eso lo sabes tú mucho mejor que yo. Todo lo hace por tu bien.

-Te equivocas, no soy yo quien le preocupa... ¡es el niño! -exclamó Grace rompiendo a llorar-. Estoy harta de que me trate como si fuera un frágil vaso de cristal que pudiera romperse en cualquier momento, poniendo en peligro a su precioso hijo. El comportamiento de Mike es ridículo y anticuado, y no estoy dispuesta a soportarlo ni un solo día más... ¿puedo dormir esta noche en tu casa?

-Mira, Grace -dijo Denise tranquilamente-, huir del problema no es la solución, de eso puedes estar segura. Debes comprender que

para Mike tu embarazo es algo tan difícil y tan nuevo como para ti, y a eso añádele que él procede de una familia en extremo tradicional... Yo creo que cuando el niño haya nacido y se dé cuenta de que eres perfectamente capaz de trabajar y seguir atendiéndolo, Mike comprenderá y su familia dejará de atosigarlo.

Grace exhaló un largo y sentido suspiro.

-Eso espero... ojalá tengas razón.

-Y en cuanto a esa historia de que no pueden hacer el amor, la solución es fácil: lo único que tienes que hacer es llamar a tu ginecólogo y pedirle que hable con Mike y que lo saque de ese error. Supongo que si se lo dice el médico, lo creerá, ¿no?

Grace recibió el consejo con entusiasmo.

-Sí, sí, tiene una fe ciega en el doctor Stanhope.

-Bien, en ese caso he terminado mi argumentación.

-No me digas que en tus ratos libres te dedicas a hacer de abogado -exclamó una burlona voz de hombre desde la puerta.

Grace se puso de pie a toda la velocidad que su avanzado estado de gestación le permitía.

-Buenos días, señor. ¿En qué puedo servirle?

Denise también se paró para saludarlo... Ella estaba ya segura de qué Taggart Bradshaw no aparecería, y ahora una vez más le demostraba que era imposible predecir nada de lo que pudiera hacer. Con una sonrisa un tanto forzada, Denise lo presentó a Grace, y luego explicó su presencia en la oficina.

-Verás, Grace, el señor Bradshaw ha venido para hacer una consulta gratuita. No escribí su nombre en la agenda porque no estaba segura de que viniera.. Ahora puedes volver a tu escritorio. Yo me encargaré de llenar los papeles.

Grace, que había advertido las miradas que aquel guapo desconocido dirigía a Denise se marchó inmediatamente. Cuando se quedaron solos, Denise le habló con su tono más serio y profesional.

-Siéntate, por favor -dijo, señalándole una silla.

Miró el reloj; eran las nueve y media, lo que significaba que tenía una hora por delante antes que llegara el siguiente cliente.

-¿Sabes? Yo esperaba que tuvieras un aspecto venerable, o bien de doctor o bien de maga, con un turbante.

Efectivamente, mirando el atuendo y el peinado de Denise, a Taggart más le parecía encontrarse con una modelo de alta costura que con una doctora en psicología.

-De todas formas, -añadió-, tú siempre te las arreglas para hacer lo contrario de lo que espero de ti.

Cuando oyó lo del turbante, Denise sintió deseos de abofetearlo,

pero su último comentario más bien la hizo reír.

-En ese caso estamos a mano, porque da la casualidad de que yo pienso exactamente lo mismo de ti.

Taggart sonrió.

-Siento haber llegado tarde.

-Eso es lo que me ha sorprendido, porque entre los individuos como tú lo normal es llegar siempre demasiado pronto a las citas, porque eso entra dentro de la filosofía de que el tiempo es oro.

Taggart se sintió invadido por una sensación de calor y no pudo evitar ponerse colorado hasta las orejas; le gustara o no, Denise había dado en el clavo al afirmar que para él el tiempo era oro.

-Bueno, vine aquí como convinimos, y escucharé lo que me digas, pero eso no quiere decir que acceda a someterme a tu tratamiento.

Denise le tendió un folleto, y dijo:

-Me parece justo. Ahora, por favor, echa un vistazo a esto mientras yo salgo a buscar un poco de café. ¿Cómo quieres el tuyo?

-Me sorprende, Denise. Si te preocupa tanto la salud del prójimo, ¿cómo te dedicas a ofrecer una bebida tan perjudicial como el café?

-El café que tenemos aquí es descafeinado -le informó Denise con una sonrisa malévola-. Me resultaría un poco difícil hipnotizarte si primero te doy estimulantes, ¿no crees?

-Cafés aparte, no estés tan segura de que me vas a hipnotizar... Yo no confío mucho que digamos en las curas mágicas.

Denise salió del despacho haciendo un tremendo esfuerzo para no

cerrar de un portazo.

-Curas mágicas -murmuró entre dientes cuando pasó junto al escritorio de Grace en su camino hacia la cocina-. Este cretino debe pensar que voy a sacar un reloj con cadena de oro y que se lo voy a poner delante de los ojos. ¡Qué ignorancia! Aún no sabe que los tiempos han cambiado, y que la hipnosis es como otra técnica cualquiera dentro de la medicina...

-Pero, ¿con quién hablas? -preguntó Grace entrando en la cocina-. ¿Qué ocurre? ¿Es que ese tipo tan guapo no demuestra demasiada fe en tus métodos?

-La tonta soy yo, por haberle dicho que viniera -se lamentó Denise-. Ese hombre es un caso perdido, sin remedio.

-Dime, ¿en dónde has conocido a este caso perdido? -preguntó Grace, interesada.

-Él es el encuentro problemático que tuve en la fiesta de mi hermano... lo que comenté antes -respondió Denise de mala gana,

pues había notado la curiosidad de Grace-. Lo malo es que es el jefe de Ray, y por eso no puedo mandarlo a paseo -mintió.

-¿Es ese el tipo con quien te viste el otro día y que terminó diciendo que eran incompatibles? -preguntó Grace atónita-. ¿El que decías que no te gustaba? -añadió cada vez con mayor incredulidad.

-Sí, ¿qué pasa?

-Pues que debes ir a que te revisen la vista.

A Denise no le hizo ni pizca de gracia aquel comentario, y respondió secamente:

-¿Y qué te parece si tú vuelves a tu trabajo?

-Sí, jefe, ya voy. Si necesitas algo, avísame, aunque dudo mucho que teniendo esa maravilla en el despacho necesites nada.

Denise se quedó furiosa, pensando que el culpable de las sospechas de Grace era él y sólo él, por mirarla como si fuera un bombón que quisiera engullir desde que entró por la puerta del despacho. Y ahora su secretaria estaría con una oreja pegada a la puerta espiando el más mínimo detalle, poniendo en-juego su dignidad...

Cuando entró en el despacho con los cafés, Taggart la recibió blandiendo el folleto en actitud despectiva.

-No creas que va a ser fácil engañarme con esta propaganda barata. ¿Cuánto tuviste que pagar a esta gente para que escribiera sus testimonios sobre el éxito de tus métodos?

Denise se dijo que tenía que calmarse, recordando el viejo axioma de que la cólera es mucho más eficaz cuando está controlada y bien dirigida. Sin pronunciar palabra, dejó su taza en el escritorio, y volvió a ocupar su silla.

Taggart, entonces, empezó a leer el contenido del folleto con voz afectada.

-“Con la ayuda de la hipnosis he conseguido perder diez kilos! ", y esta otra, todavía más inspirada: "Fumaba cinco cajetillas diarias y ahora me he librado del vicio del tabaco". Vamos, Denise, no me parece ético tomarle el pelo así a la gente.

Denise tomó su taza, bebió un sorbo, y volvió a depositarla en la mesa en vez de tirársela a la cara, como habría querido.

-Mira, Taggart -empezó a decir con muchísima calma, casi demasiada-, me extraña muchísimo que pienses así de mi tratamiento, sobre todo teniendo en cuenta que esa opinión la comparte más que nada la gente ignorante y sin educación que no cuenta con elementos de juicio, o bien aquellos de mente estrecha. Cada uno es libre de pensar lo que quiera -añadió clavándole una mirada fría y aguda como el hielo-, pero lo que no voy a permitir es

que cuestiones alegremente mi ética profesional y mi integridad moral. Todos los casos que aparecen en el folleto pueden ser comprobados, pues existe abundante información, documentos, ¿comprendes? Esto lo puso en la primera página, por si no te habías dado cuenta. Además, ese comentario tuyo de que pago a la gente para atraerme más clientes me ha molestado profundamente, así que si me crees capaz de semejantes prácticas, será mejor que te vayas ahora mismo de aquí.

Taggart adoptó una actitud humilde y contrita.

-Tienes razón, Denise. La ignorancia no justifica esos comentarios tan desagradables que he hecho... me retracto y te doy mis disculpas. Si estás dispuesta a darme una segunda oportunidad, a partir de ahora te prometo que haré todo lo posible para enfocarlo con la mente abierta.

Denise se aclaró la garganta, pensativa, pues se encontraba ante un nuevo dilema. Sabía que Taggart se disculpaba sinceramente, pero aun así, no le cabía duda de que si aceptaba sus disculpas, él volvería a las andadas.

-Está bien, te perdono -dijo al fin, tratando incluso de sonreír-. La técnica de la hipnosis fue reconocida por la Asociación Americana de Médicos en el año 1958, y desde entonces es una disciplina que se enseña en las universidades de todos los estados. Yo me doctoré en psicología en la universidad de Wisconsin y recibí el certificado que me permite practicar la hipnosis. Lo que se consigue con la hipnosis es enseñar a la gente a controlar su mente, corrigiendo los modelos de pensamientos que ejercen un efecto negativo. En tu profesión tú sabes lo importante que es suministrar a la computadora la información correcta, porque si no el resultado es un desastre tras otro. Nosotros los psicólogos creemos que con el cerebro humano ocurre más o menos lo mismo. Tomando como base tus necesidades más inmediatas, elaborando un programa que te permita alcanzar los objetivos que te has propuesto fácilmente y sin esfuerzo.

Taggart la escuchaba con mucha atención.

-Ya sabes cuál es mi opinión. Teniendo en cuenta que para mí el tiempo es dinero, me gusta esto que me dices. Yo llevo un ritmo de trabajo que me obliga a ir siempre deprisa, un tratamiento difícil y trabajoso no me convendría.

-Mira, Taggart, tú eres lo que tú crees que eres, ni más ni menos. Mi trabajo como terapeuta tuyo será ayudarte para que tú mismo te liberes de las limitaciones que ahora mismo te impiden ser feliz. Te sorprenderás cuando veas el poder que tu mente tiene una vez libre

de las restricciones que le impone la parte consciente de tu cerebro. Emplearemos señales aprendidas para volver a programar tu pensamiento, estímulos de carácter subliminal para salvar la barrera de tu consciente, -sugestiones varias para allanar el camino, y el resto lo hará tu subconsciente solito.

-Me parece estupendo -dijo Taggart, que se encontraba verdaderamente impresionado por el dominio de la materia que demostraba Denise.

Su problema, sin embargo, era que a él de nada iba a servirle abandonar el control del consciente para solucionar sus problemas. Ann más, si se dejaba llevar por el subconsciente, era muy probable que sus problemas fueran a más. Las jaquecas, el insomnio y la inquietud que te atormentaba en el trabajo no desaparecían así como así El único remedio temporal que él conocía eran el whisky y las aspirinas...

Lo que sí le parecía susceptible de ser curado era el vicio del tabaco, además de ser el pretexto perfecto para concertar unas cuantas sesiones y de ese modo llegar a conocer un poco mejor a Denise, que al fin y al cabo era lo que le interesaba.

-Si accedo a someterme al tratamiento, ¿me garantizas que conseguiré dejar de fumar?

-El éxito del programa que nosotros elaboramos depende siempre del deseo que el paciente tenga de conseguir ese éxito.

-Y me imagino que con el "estrés" ocurrirá lo mismo, ¿no?

-Si tú estás motivado de verdad, te garantizo que puedes librarte tranquilamente de ese sentimiento de inquietud que no te permite vivir en paz. La hipnosis puede ayudarte a superar los sentimientos de vacío y soledad y demás síntomas depresivos y devolverte al estado óptimo de productividad -en este punto, Taggart se quedó mirándola sin comprender, y ella se apresuró a explicárselo-. Verás, el "estrés" es el culpable número uno de la falta de productividad de los individuos que viven dedicados a los negocios, y que son los que despliegan más esfuerzos vanos. En otras palabras, las personas que viven enteramente dedicadas a su trabajo, al final son precisamente las que menos rinden. Resulta irónico, ¿verdad?

Taggart la escuchaba embobado, preguntándose cómo demonios habría adivinado ella que muchas veces, en el trabajo, tenía la desesperante sensación de estar corriendo en círculos sin conseguir nada, y que fuera del trabajo lo acompañaba siempre el vacío de la soledad.. .

Denise, por su parte, sabía que era muy probable que pasara el resto de su vida arrepintiéndose, sin embargo, al final formuló la

pregunta:

-Y bien, Taggart, ¿qué dices? ¿Te decides a probar la terapia de la hipnosis?

CAPÍTULO CUATRO

Cuanto más pensaba en lo que había permitido que sucediera en los veinte minutos anteriores, peor se sentía Taggart y más tonto se consideraba. No solamente había respondido a todas las preguntas de índole personal relativas al trabajo que Denise le había planteado, sino que también había firmado el contrato de cinco sesiones de noventa minutos de duración en la clínica de hipnosis Palmer. Y lo había hecho él, que por norma no permitía que su vida personal se mezclara nunca con los negocios... ¿cómo se había dejado llevar de aquel modo?

Estaba dispuesto reconocer que necesitaba tratamiento psicológico, pero de ahí a aceptar que había acudido al lugar más adecuado... Además, el hecho de acudir a la clínica Palmer no le garantizaba absolutamente nada: ni una aventura con la guapa doctora Palmer, ni un tratamiento eficaz, que hubiera sido lo mínimo. Lo único que sacaría en claro sería una siestecita todas las mañanas.

En aquel momento se encontraba en pleno proceso de lo que Denise llamaba "relajación previa", y que a él le parecía una siesta matutina, ni más ni menos. Sin la chaqueta, sin la corbata y sin los zapatos, descansaba acostado en un largo diván, completamente solo, en el despacho en penumbra de Denise, escuchando su voz monótona en el magnetofón. En lugar de estar haciendo algo provechoso en su oficina, se veía constreñido a la inactividad más absoluta, y se entretenía en contemplar las cortinas, desobedeciendo así a la voz grabada, que lo invitaba a cerrar los ojos y aflojar los músculos.

-El tiempo es ahora tuyo -decía la voz pausada y dulce de Denise-. Lo único que tienes que hacer es relajarte... el teléfono no va a sonar, ni nadie te interrumpirá. No tienes nada que hacer. Cierra los ojos y relájate.

Taggart se miró los calcetines y se removió inquieto en el diván. Él hubiera preferido tumbarse con las piernas cruzadas, pero Denise le había advertido antes de marcharse que tal postura no le convenía pues luego, durante la hipnosis, podría suceder que se le cortara la circulación.

-Ahora concéntrate en las puntas de tus pies. Siente cómo se relajan... Es un placer liberarse de la tensión. Ahora piensa en el pie entero, y deja que todos y cada uno de los músculos se aflojen.

-No, si ya estoy relajado -murmuró Taggart entre dientes-, aunque sólo sea por aburrimiento.

-Y ahora piensa en tus pantorrillas... Los músculos se aflojan;

siéntelo. Tú quieres experimentar en todo tu cuerpo esa maravillosa sensación de alivio. Sientes que el relax, como una corriente cálida, sube desde las puntas de tus pies hasta los muslos, y a11í los músculos se aflojan una vez más. Siente cómo sube la corriente, y va invadiendo tu cuerpo. Déjate llevar por esta cálida sensación... estás flotando.

Durante la media hora siguiente, Taggart se concentró completamente en la voz femenina que le hablaba, diciéndole que se relajara desde los pies a la cabeza, y de la cabeza a los pies, que sus párpados se volvían pesados, tanto que no podía sostenerlos abiertos, y que su respiración era cada vez más lenta y profunda... Nunca habría imaginado él que la relajación fuese un proceso tan largo y aburrido, y ahora se explicaba por qué casi nadie lo hacía.

Aunque la voz había repetido más de diez veces que ya no era consciente de nada de lo que ocurría a su alrededor, sintió el momento exacto en que Denise abrió la puerta y entró en la habitación. Automáticamente, todos y cada uno de los nervios de su cuerpo se alertaron. Manteniendo los ojos cerrados a duras penas, se preguntaba si lo estaría mirando, tratando de averiguar, quizá, si se había dormido o no... ¿se suponía que tenía que dormirse?

Denise comprobó la hora y vio que faltaban tan sólo treinta segundos para que la cinta magnetofónica terminara y empezara a hablar ella directamente. Mientras tanto, intentaría analizarse a sí misma con el objeto de comprobar si la turbación que le producía la presencia de Taggart respondía a estímulos mentales o sólo físicos. Por supuesto, deseaba con todo su corazón que fuera esto último, pues de todos es sabido que el cuerpo es bastante más controlable que la mente.

Casi sin querer, Denise paseó muy despacio la mirada por el cuerpo extendido de Taggart, llegando a la conclusión de que no sólo era hermoso, sino también deseable. Viendo sus musculosas y largas piernas, sus caderas, su torso, que oscilaba al ritmo de su respiración, Denise comenzó a sentir señales de alarma en todas las zonas erógenas de su cuerpo. De pronto se vio asaltada por un pensamiento turbador: verlo desnudo.

Pero. .. ¿cómo podía ocurrírsele tal cosa si solamente iban a poder verse en su despacho de la clínica? No importaba, su imaginación era libre, y discurría al margen de las circunstancias. Se le ocurría, por ejemplo, que hacía falta que Taggart se encontrara en un estado muy profundo de hipnosis para poder ordenarle que se quitara la ropa en una de las sesiones... Sin embargo, la mayoría de sus pacientes terminaban obedeciendo

ciegamente sus órdenes... ¿por qué Taggart iba a ser diferente? Mientras pensaba y pensaba, una sonrisa maliciosa asomó a sus labios.

Cuando se encontraba en medio de aquella fantasía erótica, escuchó una voz interior, quizá la de la conciencia profesional, que le preguntaba hasta qué punto llegaba su falta de ética. En un momento, desapareció la imagen de un Taggart desnudo y complaciente, y se dijo, que más que su cuerpo, lo que le interesaba era ganarse su respeto, y por eso, a partir de ese momento, lo miraría como habría mirado a cualquier otro de sus pacientes y lo trataría exactamente igual, lo que equivalía a decir que durante las sesiones no podía dedicarse a imaginarlo desnudo. Las fantasías eróticas quedarían, pues, para el ámbito personal de su dormitorio, pero no en la consulta; eso nunca más.

Mientras tanto, Taggart, a pesar de tener los ojos cerrados, había sentido la intensidad de las miradas de Denise, y sin saber por qué se sentía vulnerable, indefenso. Por un momento tuvo miedo de que su subconsciente lo traicionara, y con él su cuerpo... y estuvo a punto de echarse a reír. De haber sucedido tal cosa, Denise no le habría vuelto a dirigir la palabra, así que sería mucho mejor que mantuviera a raya su subconsciente.

Al sólo verlo, Denise había adivinado que Taggart no se había dejado influir por el proceso de relajación, o en todo caso, sólo muy ligeramente, así que no le sorprendió ver que se encogía cuando apagó el magnetófono y empezó a hablar. La tensión era evidente, además, en sus puños y en el rictus forzado de su boca.

-Te encuentras muy bien, Taggart, relajado y dispuesto a escuchar todo lo que yo te diga. Lo único que oyes es el sonido de mi voz. Lo único que te preocupa es tu respiración, lenta y profunda.

"Sí, sí, tú piensa que me preocupo por mi respiración... Lo que no sabes es que cada vez que te acercas a mí empiezo a jadear", pensó Taggart.

Denise se dio cuenta perfectamente del esfuerzo que Taggart estaba haciendo por no abrir los ojos, y se alegró en su interior, pues significaba que quería llevar a cabo la sesión aunque no estuviera relajado. El no lo sabía, pero era muy normal que los individuos de las características de Taggart se comportaran así en la primera sesión, pues lo desconocido les inspiraba cautela y desconfiaban de todo aquello que no se encuentra dentro de los límites de la lógica. Todos ellos coincidían, asimismo, en la errónea creencia de que ser hipnotizado equivalía a perder el control sobre

sí mismo.

Denise siguió hablando como si su paciente se encontrara en un profundo grado de relajación, porque de ese modo, al ser consciente de la sesión, perdería el miedo y ganaría confianza en ella como terapeuta. Lo principal era que Taggart descubriera por sí mismo que la hipnosis suponía un aumento de control sobre la propia mente, y no lo contrario.

-Relájate, Taggart. Escucha mi voz y piensa que estoy aquí para ayudarte. Tú quieres que te ayude, Taggart.

"Preferiría que te acostaras aquí conmigo, Denise".

El primer paso de toda sesión consistía en verificar el grado de relajación del individuo. Denise sabía de sobra que en aquel momento era nula, pero lo hizo únicamente a título de demostración para Taggart, que así sabría lo que se haría en las próximas sesiones.

-Taggart, tú percibes los estímulos que te rodean, pero no tienes ninguna necesidad de responder a ellos. Sabes que puedes abrir los ojos cuando quieras, aunque yo te diga otra cosa, pero te encuentras tan relajado y tan tranquilo que no tienes ganas de levantarte. Lo único que quieres es seguir oyendo mi voz. Quieres responderme.

"Acércate un poco y verás cómo te respondo".

Sin abrir los ojos, Taggart sintió cómo Denise se sentaba en un banco junto al diván y se inclinaba hacia él, porque percibía su respiración cálida y su olor... con cada bocanada de aire que aspiraba, lo sentía más y más fuerte, de manera que el deseo se hacía cada vez mayor. Imaginó por un momento sus labios húmedos y entreabiertos, y pensó que estaba a punto de' besarlo...

-Sabes que no voy a pedirte que hagas nada que pueda perjudicarte o que te avergüence -seguía diciendo Denise-. Cuando te toque, no tendrás miedo.

"No, miedo no. Más bien estoy deseando que me pongas tus deliciosas manos encima".

-Ahora voy a tomarte la mano, Taggart.

"Tómame lo que quieras, Denise".

Denise tomó la mano grande y fuerte de Taggart, sintiendo de inmediato una oleada de excitación, que los años de experiencia no pudieron paliar. Era una mano hermosa, de dedos largos y piel gruesa, un poco encallecida en las palmas... Sin querer, Denise pensó que quizá aquellas manos sabían cómo ser tiernas a inconscientemente empezó a acariciarlas lentamente con el dedo pulgar, deleitándose en el vello fino que las cubría cerca de la muñeca.

Taggart contuvo la respiración.

"¿Pero qué quiere hacer conmigo esta mujer? ¿Volverme loco?"

Denise se percató inmediatamente de la reacción de Taggart; por supuesto, sabía muy bien cuál era la causa; no es que estuviera comprobando sus reflejos, no. Lo que hacía era juguetear con los dedos de él imaginando que le hacía el amor, y cómo aquella mano se ajustaba a sus pechos. Cuando volvió a hablar, tenía la voz bastante alterada, pero hizo votos para que Taggart no lo advirtiera, pues siempre podía hacerlo creer que aquellas caricias formaban parte del proceso de relajación.

-Sientes un ligero cosquilleo en la mano, Taggart, un cosquilleo placentero. Sientes los dedos relajados. Ahora yo voy a contar hasta diez, y la sensación de placer irá en aumento.

"Si esto aumenta lo más mínimo, no sé adónde vamos a llegar".

Mientras Denise contaba hasta diez, Taggart apeló desesperadamente a aquella calma interna que le había recomendado la voz de la cinta. Finalmente, cuando le soltó la mano, respiró tranquilo y se dijo que no respondería de sus actos si aquel diablo de mujer volvía a tocarlo.

Por fortuna, no había motivos de preocupación, pues la sesión terminó rápidamente, incluso con demasiada rapidez, pensó Taggart un poco confuso al oír hablar a Denise a toda velocidad, como si de pronto hubiera recordado otra cita, diciéndole por enésima vez que estaba a11í para ayudarlo, que el tabaco era perjudicial para la salud, que debía vencer los demonios del "estrés" y que un, dos, tres, abriese los ojos.

Cuando así lo hizo, Denise ya no estaba a su lado, sino en el extremo opuesto de la habitación, de pie ante su escritorio, con la sonrisa aséptica y profesional que Taggart tanto detestaba.

-¿Cómo te sientes?

Antes de contestar, mientras se incorporaba, Taggart se preguntó con desesperación cómo se sentiría una persona después de ser hipnotizada.

-Bien ---dijo cautelosamente.

-¿Times alguna pregunta?

-Por ahora no -respondió Taggart, bajando los pies al suelo. Se puso los zapatos sin mirarla, se levantó, se metió la chaqueta y buscó apresuradamente la corbata en el bolsillo; aunque no pensaba retrasar su partida poniéndosela.

-¿Ahora tengo que fijar hora con Grace para la próxima sesión?

Denise se mordía los labios para no reírse, dándose cuenta que Taggart tenía tantas ganas de marcharse como ella de verlo

desaparecer, aunque cada uno por muy diversas razones.

-Lo normal es adaptar el horario a las necesidades particulares de cada paciente. En tu caso necesitas sesiones frecuentes, por lo menos tres en la semana que viene. En caso de que no puedas ajustarte a éste esquema, será mejor que lo dejes, porque entonces no merecerá la pena continuar.

-No sé... Mejor te llamo luego desde la oficina, porque no recuerdo qué tengo en la agenda para la semana que viene.

-Muy bien.

En realidad, Denise hubiera debido decirle que sabía perfectamente que no había sido receptivo a la hipnosis por falta de concentración, pero se lo calló con la esperanza de que así pensaría que no merecía la pena y decidiera no volver.

-Ahora adiós, ¿eh?

Una vez fuera de la clínica, Taggart se dio cuenta de que Denise lo había puesto en la calle con una rapidez pasmosa, pues no debía ser muy normal que el psicólogo despidiera a su paciente después de la sesión sin molestarse en decirle nada. ¿Es que se estaba deshaciendo de él por las buenas como hizo aquella primera vez?

No lo pensó más, dio media vuelta, subió por la escalera, pasó por delante de Grace, que lo miró atónita, y entró en el despacho sin llamar.

-Denise, creo que se nos ha olvidado algo.

-¿Cómo? -preguntó ella, sorprendida de verlo aparecer otra vez.

-Yo creía que pagando como pago ochenta dólares, tendría derecho por lo menos a una especie de resumen de lo ocurrido, o llámalo como quieras. Si no, ¿cómo quieres que vuelva si no sé si el tratamiento es eficaz para mí? ¿No será que no tienes demasiado interés en que vuelva? -añadió mirándola con los ojos entornados.

-No digas tonterías -respondió Denise, que se sentía incapaz de mirarlo a la cara.

-¿Tú te has dado cuenta de que no estaba hipnotizado, verdad?

Hubo un corto silencio que terminó con un suspiro de derrota de Denise.

-Sí.

-Así que ahora me estabas dando el pasaporte, ni más ni menos, ¿eh?

-No, no, eso no es verdad. La mayoría de los clientes no consiguen dejarse hipnotizar en la primera sesión porque se lo cuestionan demasiado. Algunas veces se necesitan incluso tres o cuatro sesiones para que el individuo dé rienda suelta a su imaginación. Después, todos son fáciles de sugestionar. .

Denise abrió desmesuradamente los ojos al ver que Taggart se dirigía con toda calma hacia su escritorio y que tomaba asiento en la silla. Una vez a11í, sacó ceremoniosamente el contrato y el programa de sesiones.

-En esta primera página dice que tu deber es darme toda la información pertinente después de cada sesión, ¿no es así?

-Sí, así es -respondió Denise un poco nerviosa-. Pero tú llegaste tarde, y luego parecía que tenías prisa por marcharte, así que decidí hablar contigo el día de la próxima sesión.

-O quizá más bien esperabas que después del desastre de hoy me sintiera tan culpable que no quisiera volver.

Denise se ruborizó hasta las orejas. Ella, que se enorgullecía de saber ocultar sus pensamientos cuando quería, no podía menos que desconcertarse al topar con un individuo capaz de leerle la mente como si se tratara de un libro abierto. Además, tal y como estaban las cosas, ya no le quedaba otro remedio más que confesarle la verdad... aunque quizá con la mitad de la verdad sería bastante, con un poco de suerte.

-Reconozco que empiezo a tener mis dudas acerca de mi capacidad para ayudarte, y me atrevo a decirte que sería mucho mejor que lo pusieras en manos de un terapeuta masculino. Por lo que me has dicho, por el hecho de que sea mujer no confías lo suficiente en mí como para que el tratamiento surta efecto.

Taggart se estrujó el cerebro tratando de recordar qué le habría dicho él para que ella dedujera que desconfiaba de las mujeres... En realidad no le había dicho nada, salvo aquello de que odiaba a su madre. Si las dudas de Denise estaban fundadas en aquella tontería, tendría problemas, pues el hecho de que pensara eso de su madre no afectaba al resto de las mujeres. A1 contrario, él gustaba a las mujeres, y lo mismo podía decirse en el caso contrario, muy especialmente en el caso de Denise, que más que atracción le inspiraba una especie de locura.

-No sé por qué has sacado la conclusión de que no confío en las mujeres, Denise, pero si hubieras investigado un poco, habrías averiguado que en mi empresa trabajaban muchas mujeres en puestos de tanta responsabilidad que no estarían a11í si no gozaran de mi entera confianza.

-Pero todas ellas tienen puestos de subordinados, ¿verdad? Además, lo que yo tendría que hacer contigo es algo mucho más íntimo que una relación profesional... Yo te voy a obligar a enfrentarte contigo mismo, Taggart, y si no te gusta lo que descubres, mucho menos te va a gustar que yo también lo haya

visto. ¿Crees que estás dispuesto a compartir tu intimidad hasta ese punto con una mujer... conmigo, concretamente?

Taggart estuvo a punto de echarlo todo a rodar diciendo que precisamente estaba a11í para eso... aunque, sin duda alguna, sus respectivos conceptos de intimidad eran bastante diversos.

-¿No te sentirás amenazado? -añadió Denise, al ver que no contestaba.

-Mira, Denise -comenzó a decir Taggart con voz muy suave-. La verdad es que tú eres la única persona con quien yo podría hacer una cosa así. Te necesito a ti.

Sus miradas se encontraron y permanecieron fijas-un momento. Denise sintió la sangre bullir en sus venas. Él decía que la necesitaba, y sentía que no como psicóloga, desde luego... Pues bien, si él la necesitaba, ella lo deseaba, ni más ni menos. Aquellos ojos oscuros penetraban muy dentro de Denise, rompiendo todas las barreras, y por eso le daban miedo. En ellos había pasión, pero no sólo pasión, sino también algo más profundo y más íntimo... estaba segura, no sabía por qué, pero estaba segura. Más que el placer que podía darle su cuerpo de mujer, Taggart buscaba ternura, cariño, calor, todo lo que una mujer puede dar a un hombre solitario.

Taggart se sentía solo! Estaba claro, ella lo intuía perfectamente, pero también sabía que él no era capaz de pedir nada que necesitara con desesperación: Tal vez, ni siquiera se daba cuenta de que aparecía vulnerable a los ojos de ella. ¿Cómo era posible que un hombre al que apenas conocía suscitara en ella tanta ternura? Algo tenía Taggart que la empujaba a abrazarlo, a hacerlo apoyar la cabeza en su seno...

Denise salió inmediatamente de su ensimismamiento al notar que

Taggart la miraba con cara de pocos amigos, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

-Yo no estaré satisfecho hasta que nos veamos fuera de los confines de este despacho -declaró él de pronto, adoptando una actitud desafiante-. ¿Te sientes amenazada ahora tú?

-Hombre, un poco, pero creo que puedo soportarlo -respondió Denise, pensando un tanto enternecida en que Taggart parecía un niño obstinado.

Tan embebida estaba en sus cavilaciones, que no oyó lo que él le estaba diciendo.

-Perdona, ¿qué decías?

Taggart murmuró alguna barbaridad entre dientes y a continuación dijo:

-Decía que me alegro de que por fin reconozcas lo que tú y yo sabemos desde el día de la fiesta de Ray.

En esta ocasión fue Denise quien se puso automáticamente a la defensiva.

-¿Te importaría aclararme qué es lo que los dos sabemos tan bien?

Antes que Taggart pudiera responder, sonaron unos golpecitos en la puerta.

-¿Qué pasa, Grace?

-Acaba de llegar la señora Gander, doctora Palmer.

Denise echó una ojeada al reloj y comprobó con horror que hacía más de veinte minutos que la pobre señora estaba esperando, así que aprovechó aquella ocasión de oro y se levantó a toda prisa.

-Pídele disculpas y dile que ahora mismo estoy con ella, Grace.

-Tú no vas a ninguna parte hasta que no arreglemos esto -- exclamó Taggart, dejando a Grace boquiabierta.

-Lo siento, Taggart, pero nos hemos pasado del tiempo. Ahora, si no te importa, sal con Grace y ella te dirá qué horas tenemos libres la semana que viene.

Grace se marchó, y cuando Denise pensó que Taggart se disponía a hacer lo mismo, él se levantó, se dirigió directamente a ella, y en menos de un segundo la tomó entre sus brazos y la besó casi con rabia en los labios.

-Más tarde o más temprano, tú y yo vamos a tener una larga sesión. .. en la cama, doctora Palmer. Pero como tienes tanta prisa por verme salir de aquí, veo que no me va a quedar más remedio que arreglar la cita con tu secretaria, que conoce bien tus horarios, en lugar de hacerlo personalmente contigo.

-Ni se te ocurra! -exclamó Denise indignada.

-No te preocupes, no lo haré -respondió Taggart contemplando con satisfacción sus mejillas enrojecidas-. Pero espero que seas tú quien me lo pida, antes que mi paciencia llegue al límite.

CAPÍTULO CINCO

El diminuto barco de madera comenzó a hacer agua inesperadamente, entre los gritos de desesperación de Denise, que en aquel momento hubiera querido estrangular a su hermano.

-¿Cómo que se ha caído el timón? ¿No me habías dicho que el Denny-Ray estaba en perfectas condiciones para navegar?

-Pues hasta ahora ha ido perfectamente... ¿o no? Anda, anda, remángate los pantalones, que un poco de agua no le hace daño a nadie.

-¿Un poco de agua, dices? -exclamó Denise, que veía claramente que el barco se hundía-. Yo te digo que esto se hunde hoy más rápido que el primer día que lo hicimos a la mar.

-Bueno, pero parte de la culpa es tuya. Eras tú quien lo piloteaba cuando chocamos con el tronco, y fue entonces cuando el timón se vino abajo.

-Desde luego, Ray, yo creo que ya va siendo hora de que crezcas un poco, ¿no?

Dicho esto, Denise se sentó en el banquillo trasero del barco a esperar pacientemente que terminara de hundirse. Sentía estremecimientos al pensar en el chapuzón que la esperaba. Eran aquellos días los últimos de junio, lo que significaba que el agua estaría templada, pero todavía hacía frío, sobre todo a aquella hora de la mañana y más después del temporal que había llegado la noche anterior de Canadá. Aunque ya no granizaba, la tempestad había dejado tras de sí una pertinaz llovizna, vientos fríos de mediana intensidad y bancos de nubes oscuras y amenazantes.

Denise observó la espuma que levantaban las olas y se estremeció de nuevo, pensando que muy pronto aquella espuma le pasaría a ella por encima. Sólo un navegante atrevido, experto o estúpido se atrevía a hacerse a la mar en días tan desapacibles, y mucho temía Denise que su querido hermano y ella pertenecían al último grupo.

"Sí, somos estúpidos", se repitió al comprobar que no había un solo barco en todo el lago y que las orillas estaban igualmente solitarias, lo que significaba que no había esperanza de ayuda después del naufragio que se avecinaba. Por fortuna, ambos hermanos eran buenos nadadores, circunstancia que les evitaba males mayores.

-Seguimos hundiéndonos, Ray -gritó a su hermano mientras se abrochaba hasta arriba el chaleco salvavidas-. Esto es dé película; salimos precisamente el día que nadie sale, y encima tenemos la genial idea de hundirnos. Piensa algo, querido hermano, porque si

no sospecho que nos vamos a congelar.

-La verdad es que hace un poco de frío, sí -dijo Ray con una sonrisa, mientras se hundía en el agua hasta los tobillos intentando afanosamente recuperar la vela que se había desprendido del mástil mayor-. Esto me recuerda los viejos tiempos, Denise. ¿Te acuerdas cuando volcamos en Smith's Bay? Aquella fue una tarde divertidísima.

-Sí, claro, aquel día el accidente te sirvió para conocer a ese grupo de chicas... yo, por mi parte, lo único que saqué en claro de la bromita fue un resfriado de muerte.

Ray se encogió de hombros, pero de pronto se sentó muy erguido y señaló algo que acababa de ver por detrás de Denise.

-No pierdas la esperanza, querida hermanita. Me parece que tu barco salvador está a punto de llegar.

-Cómo! -exclamó Denise, volviéndose inmediatamente-. Oh, no! Es el barco de Taggart. Bradshaw.

Pero... ¿de dónde diablos habrá salido?

-Debe habernos visto desde su casa -anunció Ray alegremente-. Es esa de ahí, la que tiene tantas ventanas.

-Oh, no! -siguió gritando Denise con aire trágico-. ¿Por qué tiene que pasarme esto a mí? ¿Qué he hecho yo, si precisamente todo el mundo dice que soy una buena persona? ¿Por qué este castigo?

-Si fueras una buena persona no dirías tantas tonterías juntas... y si aprecias en algo tu pellejo no las digas delante de Tag, porque es capaz de dejar que te ahogues.

- No es más que un cretino que sólo sabe darse aires! -exclamó Denise con despecho.

-Sólo por el hecho de que no te llamara para una segunda sesión no es un cretino -observó Ray en tono de reproche.

-Tienes razón, no es que sea un cretino... ¡es un maldito estúpido!

"0 demasiado listo, ve tú a saber", pensó Ray, que estaba harto de oír mencionar a Taggart cada vez que hablaba con su hermana, fuera por teléfono, en el almuerzo o en la cena. Le divertía ver a su hermana echando chispas, ella que a raíz de su profesión se había convertido en una fanática del relax y de una vida sana y tranquila sin tensiones. Ray sabía que muy fuerte tenía que haberle pegado Taggart para que volviera a salir a la superficie aquella Denise temperamental de su niñez.

-A mí me trae sin cuidado lo que hagas -dijo Ray buscando una cuerda por debajo del agua para arrojársela a Taggart cuando se aproximara-, pero yo, desde luego, cuando me vea seco y a salvo,

estoy dispuesto a besarle los pies a Taggart.

-Ojalá sé te despelleje la nariz.

-No hablemos de narices, Denise, que la tuya está tan torcida que Taggart debe haber visto primero la nariz y luego el barco.

Denise cerró la boca, apretando los labios con fuerza, pues ante aquella burla de su hermano no tenía más remedio que callarse. Efectivamente, su nariz estaba un poco torcida, desde el fatídico día en que su hermano la empujó cuando jugaban.

Miró el barco de Taggart, que se aproximaba, y lanzó un suspiro de desesperación; si alguien conseguía sacarla de quicio era aquel hombre, sin duda. Después de la primera y última sesión con él, se había quedado tan entusiasmada con la idea de verse otra vez las caras con aquel machista convencido para demostrarle cuatro verdades, que ni siquiera le pasó por la imaginación la idea de que no volviera a aparecer por a11í. Dos semanas después, no obstante, había quedado más que claro que no tenía ninguna intención de volver...

Resultaba indignante que abandonara el combate antes que sonara la campana del primer asalto, y a Denise no le satisfacía, ni mucho menos, aquella victoria por abandono del contrario, sino que más bien se sentía como si acabara de sufrir una derrota humillante. Y no era para menos... después de decirle por las buenas que quería relacionarse con ella fuera de la clínica; después de besarla prometiéndole que más tarde o más temprano tendrían que hacer el amor... La dejaba colgada por las buenas, personal y profesionalmente hablando!

A Denise tal desaire la molestaba sobremanera, porque ella estaba acostumbrada, en sus relaciones con el sexo contrario, a decidir cuándo convenía seguir adelante o cuándo era mejor terminar.

Poco a poco, el barco se fue aproximando, y fue Ray el primero en exteriorizar su estupor al ver el rostro sombrío de Taggart.

-Caramba! No sé cuál de los dos está más enfadado, sí él o tú...

Efectivamente, de pie en la proa de su barco, Taggart la miraba con sus hermosos ojos castaños nublados por la ira. Mirándolo, Denise se sintió tan intimidada que se olvidó incluso de su propio disgusto, como si aquella expresión severa y terrible tuviera el poder de paralizarla.

-¿Te encuentras bien? -preguntó con voz terrible, ignorando completamente a Ray.

-Sí, estoy bien -repuso Denise, que no salía de su asombro al verlo tan irritado, y que pensaba preguntarle a qué venía aquello en

cuanto tuviera la oportunidad.

A1 cabo de unos minutos, Denise pudo comprobar que no era ella el único objeto de la ira de Taggart, pues su hermano también tuvo que sufrirla cuando le lanzó con todas sus fuerzas una cuerda que fue a estrellarse contra su pecho, seguido de un chaleco salvavidas que dieron en el mismo blanco.

Después de un intercambio de cuerdas, el Denny-Ray quedó amarrado a la otra embarcación y el ceñudo capitán ordenó a los dos náufragos que subieran a bordo de su nave. Denise, que era la más valiente, inició el ascenso por la escalerilla.

Cuando Taggart le dio la mano para ayudarla a llegar a cubierta, Denise quiso darle las gracias, pero antes que pudiera abrir la boca, él la interrumpió a gritos:

-No digas una palabra... ¡ni una sola palabra!

Tomada por sorpresa, Denise guardó silencio, y en esta incómoda situación esperó la llegada de su hermano. Aunque Taggart la tenía asida del brazo con tanta fuerza que le hacía daño, no se atrevió a quejarse.

-Maldita sea, Palmer! -gritó furioso a Ray en cuanto asomó la cabeza por la cubierta-. ¿Es que estás loco? No podía creerlo cuando los vi a los dos navegando en esa especie de bañera. ¿Se puede saber qué diablos pretendían?

Ray, más listo que Denise, procuró quitarse del alcance de Taggart mientras le hablaba.

-Verás, Taggart... probablemente nuestra situación no era tan desesperada como puede haberte parecido desde la orilla. Danny y yo estamos acostumbrados a esto, nos ha pasado ya muchas veces.

-¿Que les ha pasado muchas veces? -gritó Taggart, todavía más encolerizado que antes, si esto era posible.

A continuación empezó a abrir y cerrar la boca sin articular palabra, apretando mucho los puños y enrojeciendo como si estuviera realizando un esfuerzo sobrehumano. Denise, que conocía los síntomas, creyó prudente intervenir para evitarle un síncope.

-Lo que te está diciendo Ray es la verdad, Taggart. Te agradecemos mucho que hayas venido a rescatarnos, pero en realidad no era necesario. Antes de salir sabíamos que existían posibilidades de que nos hundiéramos, porque el Denny-Ray tiene una tendencia especial a naufragar... por eso nos gusta navegar en él -diciendo eso, intentó encogerse de hombros, pero Taggart la tenía tan fuertemente asida por el hombro que resultó imposible-. Los dos sabemos nadar muy bien. De verdad, Taggart, nos habríamos mojado un poco pero ahogarnos, no.

- Ah! ¿Me estás diciendo que les he estropeado su diversión?

- No, no! -exclamaron ambos al unísono.

-Entonces, ¿qué?

Ray miró a su hermana, pero ella estaba teniendo tantas dificultades como él para encontrar una respuesta satisfactoria. Sabía que su hermano y ella, desde pequeños, se divertían haciendo cosas que para la mayoría de la gente eran peligrosas.

-Mira, Taggart -dijo por fin Denise-. A ti esto puede parecerte una locura estúpida, pero no lo es. Ray y yo llevamos navegando toda la vida, y estamos preparados para recorrer distancias largas nadando. Es un detalle que te preocupes tanto por nosotros, pero vuelvo a repetirte que no hacía ninguna falta.

Taggart escuchó sus explicaciones sin inmutarse lo más mínimo, y Denise, viéndolo tan mojado y en aquella situación, se sintió en cierto modo culpable, y trató de arreglar un poco más las cosas.

-Siento mucho que te hayas asustado y tenido que venir... Tienes derecho a enfadarte.

Taggart siguió sin moverse, y cuando Denise tiró suavemente del brazo, lo soltó sin mirarla, como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta de que se lo había tomado. Después, cuando ya estaba convencida de que no volvería a dirigirles la palabra en lo que les quedaba de vida, dijo en tono sarcástico.

-Me debes mucho más que una simple disculpa, Denise. Yo tengo bastantes cosas que decirte, pero lo dejaré para luego, porque ahora, con este viento, no las oirías bien. Ahora voy a remolcar esta porquería al muelle y después pueden hacer con ella lo que les plazca.

-Estupendo --asintió Ray con prontitud-, y luego, si te parece bien, podemos sentarnos tranquilamente a tomar una taza de café mientras aclaramos lo que pasó.

-De eso nada, Palmer. Lo que tenga que decirte te lo diré en la oficina el lunes por la mañana -y luego, volviéndose a Denise, añadió-: A ti te llevaré a tu casa después de haber dejado a tu hermano.

-No te molestes, Taggart -dijo Denise apresuradamente-. Ray me puede llevar a casa en el coche.

-No. Tú y yo tenemos que hablar, y además en privado.

Denise estaba tan sorprendida ante su tono de mando, que no se atrevió a contradecirlo.

CAPÍTULO SEIS

Lanzando la enésima colilla de su último cigarrillo por la borda, Taggart contempló las olas azules. No miraba a Denise porque ya se sabía su cuerpo de memoria, tantas veces la había evocado en su imaginación. Tras dos semanas de intensa lucha para olvidarse de aquella mujer, ahora se daba cuenta de que no habría nada que hacer... Denise, esa mujer alocada, obstinada e intratable, no sólo se había adueñado de sus pensamientos, sino también de su corazón.

-¿Taggart?

- Qué!

Ambos se sobresaltaron al oír la exclamación. Denise por la intensidad del grito, y Taggart por la violencia que había acumulado sin darse cuenta. Hubo un silencio un tanto embarazoso, y por fin Denise habló.

-Ya sé que estás enfadado conmigo, Taggart, pero tampoco hay que pasarse, digo yo. No creo que sea necesario comerme viva sólo porque quiera hacerte una pregunta.

-No quería comerte viva....

-Tampoco te pases tú. Ahora, pregunta lo que quieras.

Aunque no del todo convencida, pues el tono de su voz tenía muy poco de alentador, Denise se decidió a preguntar.

-¿Sueles enojarte tanto siempre que las cosas no salen como tú quieres?

Taggart la miró arqueando las cejas, sorprendido.

-¿Y cómo crees tú que quería yo que me salieran las cosas?

Denise, aun sabiendo que se adentraba en terreno peligroso, continuó lo comenzado valientemente.

-Yo creo que tú esperabas que me comportara como una dama en apuros que recibe a su héroe salvador.

-Tienes razón. En parte estoy molesto por eso -dijo Taggart, que prefería aquella explicación a la verdadera, bastante más comprometedora.

-¿Sólo en parte?

-En estas circunstancias, cualquiera se pondría furioso, y con razón.

-¿Estás seguro?

Taggart apretó los dientes. Aquella insistencia le fastidiaba sobremanera, y lo peor era que por lo que conocía de ella, la sabía insistente.

-Sí, estoy seguro. He reaccionado como lo haría otra persona que tuviera que vérselas con dos individuos que se niegan a reconocer que navegar en esa barquichuela en un día como éste es una

imprudencia peligrosa.

-Bien, ¿y qué?

-Tú y yo sabemos que existen otros motivos para que esté enfadado -al oír esto, Denise continuó mirándolo impasible, en actitud de espera, y Taggart supo que no iba a tener más remedio que contárselo todo-. ¡Está bien, lo diré! Estaba asustadísimo porque no podía resistir la idea de que te ahogaras. ¡Ya me has hecho hablar! ¿Estás contenta?

Más que contenta, Denise tenía ganas de saltar de alegría. Entonces... no le era indiferente, sentía algo por ella. Ella, que había creído que la rechazaba no sólo como terapeuta, sino también como persona. Casi sin querer, Denise esbozó una sonrisa de satisfacción.

A1 ver aquella sonrisa, Taggart sintió que su cólera aumentaba hasta hacerse insufrible... ¿Reía, eh? Pues él se encargaría de borrar esa sonrisita.

-Te lo digo como lo siento, Denise -comenzó a decir recorriéndola de arriba abajo y de abajo arriba con una elocuente mirada-, desde que té vi te deseo con una fuerza tan brutal que hasta que no encuentre una solución a este ataque de lujuria no quiero que te pase nada, por si te necesito.

Denise lanzó un gemido ahogado y se sonrojó hasta las orejas.

Taggart la contempló con satisfacción, comprobando que aquel comentario la excitaba a ella tanto como a él.

-Qué te ocurre, Denise ¿He dicho algo que te haya molestado?

-No,no.

Y en realidad no mentía, pues era cierto modo se sentía complacida al ver sé deseada de una manera tan vehemente. De todas formas, aquel termina, lujuria, se acercaba mucho a un insulto, así que decidió que ni, estaría nada mal devolverle la pelota.

-Lo que me molesta -agrego- es que me eches a mi toda la culpa-.. . cuando tú a mí me produces sentimientos idénticos..... Que te lo diga mi hermano... desde el día en que viniste a mi consulta no he vuelto a ser la misma. Estas muy, pero muy que muy bien-- concluyó taladrándolo con la mirada.

Taggart la miró boquiabierto un momento y después se echó a reír. Aquella mujer era un cúmulo de sorpresas.

-No sabes cuánto me gusta que me digas eso.

Denise esbozó una sonrisa pícara.

-La salud no es cosa de risa, Taggart. Sin salud, un hombre no es nada, y una mujer tampoco puede funcionar como es debido.

-Tú eres la experta en la cuestión -respondió Taggart

tranquilamente-. ¿Qué podemos hacer para curarnos de este mal?

Por el brillo de sus ojos se adivinaba perfectamente cuál pensaba él que fuera la mejor cura, pero ella suponía que quizá fuera peor el remedio que la enfermedad.

-Si no he entendido mal, tú ya has propuesto el remedio más acertado.

Taggart lanzó un suspiro de satisfacción.

-Muy bien, entonces dejaremos a Ray en su casa y buscaremos enseguida una cama para resolver nuestra diferencia.

-No señor, dejaremos a Ray en casa y buscaremos un sitio donde podamos charlar tranquilamente.

-Muy bien, muy bien, -pero desde luego, para ser psicóloga, tienes muy poca compasión con los demás en tus relaciones humanas.

Denise frunció el ceño.

-Eres tú quién no tiene ni pizca de compasión contigo mismo. Las explosiones de furia como la que has tenido hoy son muy perjudiciales para tu corazón.

Taggart sujetó el timón con fuerza y contó hasta diez.

-Si tanto te preocupa el buen estado de mi corazón, mejor será que la próxima vez que Ray te proponga una excursión descabellada por el lago, le digas tajantemente que no.

-Ya te he dicho que no es ninguna idea descabellada navegar en el Danny-Ray! No existía ningún peligro.

-Pues la próxima vez no van a estar tan seguros. ¡Te lo garantizo!

-Pero quién te has creído que eres tú!...

El final de la frase lo ahogó Taggart tomándola entre sus brazos y apretando la boca contra la suya. El barco, al quedarse sin timonel, trazó un pronunciado ángulo, pero no fue, precisamente eso lo que hizo que Denise perdiera el equilibrio, sino Taggart, que sujetándola con firmeza por la nuca y por la cadera realizaba un asalto a sus sentidos. A1 sentir sus pechos oprimidos contra su torso y su rodilla que se adentraba entre sus piernas, Denise se olvidó de todo salvo del impetuoso deseo que la empujaba hacia él. Taggart la hizo entreabrir los labios con un movimiento brusco y enseguida tomó posesión de su boca, más y más profundamente al sentir su apasionada respuesta.

Cuando entraban en materia física, todas las diferencias entre Denise y Taggart desaparecían sin dejar rastro, pues podían buscar y complacer al otro con una pasmosa facilidad. Denise se puso de puntillas, le echó los brazos al cuello y hundió los dedos en su nuca,

entre el cabello húmedo, tal y como había estado deseando hacer desde el primer día que lo besó.

Lo abrazó con fuerza, y luego un poco más, hasta que sintió la respuesta inequívoca de su cuerpo.. . lo sentía cálido, dispuesto a tomarla... Sí, en aquel momento de locura la deseaba tantísimo como ella a él.

Taggart recorrió con ambas manos aquel delicioso cuerpo que sentía pegado a él, temblando de deseo cada vez que Denise se movía y sus senos lo rozaban un poco más.. Sentía sus pezones endurecidos debajo de su ropa mojada, y creía explotar de deseo... Quería ver sus senos, acariciarlos, besarlos... Era la primera vez que se encontraba con una mujer dispuesta a dar tanto como pedía, y esto era lo que lo excitaba hasta la locura.

De pronto se oyó la voz sofocada por la risa de Ray.

-Siento muchísimo interrumpirlos, de verdad, pero es que, como alguien no controle el timón, estoy viendo que vamos a destrozar mi muelle.

Taggart se volvió al instante y recuperó los mandos, mientras que Denise, por su parte, no lo hizo con tanta rapidez, y de no ser por su hermano, que la asió en vilo, habría caído irremediablemente al suelo al quedarse sin el apoyo de Taggart. Y lo peor era la sonrisita de suficiencia de su hermano, que parecía querer decirle: "Ya te lo decía yo".

Mientras los dos hermanos se miraban, Denise furiosa y Ray todo sonriente, Taggart condujo al barco hasta el muelle, y en menos de diez minutos habían llegado. En cuanto bajaron, Ray se hizo cargo de las cuerdas y les dijo.

-Taggart, Denise y tú se pueden ir ya, yo me ocuparé de esto.

-¿Estás seguro? -preguntó Taggart, con los ojos brillantes ante la perspectiva de quedarse a solas con Denise.

-Sí, sí. Cuando el Denny-Ray esté listo para zarpar en su último viaje les avisaré desde aquí con señales de humo. Morir quemado es un hermoso fin para un buen barco.

-De acuerdo, Ray. Vamos, Denise, tu hermano acaba de decirme que tiene la intención de encender un fuego... Será mejor alejarse lo máximo posible.

-Sí, vamos -respondió Denise, que no sabía qué temer más, si las llamas auténticas, o aquellas que ardían, metafóricamente hablando, en los ojos de Taggart.

-¿Qué lugar prefieres para que tengamos nuestra charla? ¿Tu casa o la mía? -preguntó Taggart cuando volvieron a estar dentro del barco y con los motores en marcha-. Puedes elegir tú. Antes de

nada, lo que debemos hacer es quitarnos esta ropa mojada, porque sería una lastima que pescáramos ahora una pulmonía y tuviéramos que retrasar el tratamiento de la otra enfermedad más grave que sufrimos los dos. Si vamos a mi casa, yo te puedo prestar una camisa mía. Si vamos a la tuya, me conformaré con una toalla.

-Vamos mejor a tu casa -dijo Denise-, porque ya tengo bastante tentación viéndote así, con esa ropa mojada, como para echar más leña al fuego ahora con una toalla. Se supone que vamos a hablar, ¿no? El peor error que podemos cometer es meternos directamente en la cama y posponer por tiempo indefinido nuestra importante conversación... ¿no?

Una hora más tarde, sentada en el sofá del salón de la casa de Taggart, Denise todavía no había obtenido contestación ninguna a aquella pregunta. Tal y como Taggart había previsto, su camisa de franela de invierno le sentaba como un guante, en el sentido figurado, claro está, pues era enorme. Con la larga melena rubia que le caía sobre los hombros y sus senos, insinuados apenas bajo la camisa, que dejaba al descubierto aquellas piernas maravillosas que le habían gustado tanto desde el principio.

Para evitar tentaciones, Taggart se había sentado lo más lejos posible de ella, y entretenía las manos fumando un cigarrillo. Denise lo observaba, nerviosa, sin saber qué hacer, envidiándolo casi porque era capaz de distraerse fumando, porque ella, por su parte, no podía apartar los ojos de su camiseta ajustada, que dejaba adivinar una constitución atlética, musculosa...

-¿Ya desayunaste? -le preguntó Taggart, que ya no podía soportar aquel silencio ni un momento más.

-Sí.

-Yo también.

Después de otra larga y embarazosa pausa, Taggart volvió al ataque.

-¿Quieres beber algo?

Como lo que Denise deseaba sobre todo era ganar tiempo, le pidió la bebida más laboriosa que se le ocurrió en aquel momento.

-Me gustaría muchísimo una taza de chocolate caliente, gracias.

-Lo único que tengo es cacao instantáneo, ¿te gusta?

-Sí, es lo que yo tomo siempre.

-Estupendo -dijo Taggart sin ningún entusiasmo-. Pongo las tazas en el microondas y vuelvo dentro de un momento.

-Estupendo -repitió Denise en el mismo tono.

Taggart apagó su cigarrillo y salió en dirección de la cocina. Una vez sola, Denise se dedicó a contemplar la habitación a sus anchas.

Al igual que el dormitorio, en el que había estado cambiándose, el salón no revelaba en absoluto los gustos personales de su dueño. Todo era caro, funcional y moderno, pero nada más. Ni un cuadro, ni una fotografía... las paredes blancas y desnudas producían una sensación de frialdad que ni siquiera la presencia de la chimenea mitigaba. Lo que sí resultaba hermoso eran las paredes acristaladas que miraban al lago. Sin embargo, en aquel día gris, sólo intensificaba la impresión de tristeza que producía la habitación.

Por el abandono generalizado, se deducía fácilmente que Taggart pasaba poco tiempo en su casa, y esta era una razón más que se sumaba a la larga lista por las cuales Denise no quería tener nada que ver con él. Era pues el típico individuo que más que una casa necesitaba una oficina. Y lo que era mucho más triste: una persona solitaria. Taggart necesitaba desesperadamente concentrar su capacidad de amor en algo distinto de su trabajo.

-En algo o en alguien -dijo sin darse cuenta de que estaba pensando en voz alta.

-¿Qué dices de algo o alguien? -preguntó Taggart, que entraba en aquel momento con las dos tazas humeantes-. Estás muy pálida. ¿Te ocurre algo?

Denise recuperó los colores inmediatamente, incluso con demasiada intensidad.

-No me pasa nada... ¿Por qué me lo preguntas?

Taggart se encogió de hombros.

-Hace un momento tenías una cara que parecía que acababas de ver un fantasma.

-No, esta casa es demasiado nueva como para albergar fantasmas -respondió Denise, tratando de disimular su turbación con una sonrisa-. Lo que me pasa es que tengo la estúpida manía de hablar en voz alta cuando estoy sola.

Taggart la miró con una sonrisa indulgente.

-¿Y de qué hablabas contigo misma, si se puede saber?

Denise intentó inventar algo convincente que no le hiciera sospechar, pero no se le ocurrió nada.

-No sé si debería decírtelo -murmuró para ganar tiempo.

-Claro que tienes que decírmelo, -la animó él.

-De acuerdo, de acuerdo. Me decía a mí misma que, por lo que he visto de tu casa, pienso que le falta algo... no sé, un poco de calor, algo que lo haga parecer un sitio habitado. Quizá pienses que soy una entremetida, pero yo te pondría en contacto con Terry, un amigo mío que es además un decorador magnífico. El se encargaría de poner un poco de calor en estos muebles, que aunque muy

bonitos, tienen un no sé qué de....

-¿De aburrido, quizá?

-Yo no diría aburrido, exactamente.

Taggart la miró con los ojos brillantes de risa. Distraído por la conversación, se olvidó de su cautela y fue a sentarse en el sofá, junto a ella, con un brazo extendido en el respaldo.

-Dime, Denise -preguntó inesperadamente-, para ti... ¿qué es más importante, el tacto a la sinceridad?

-Normalmente es más importante la sinceridad, pero cuando los sentimientos de una persona están en juego, hay que emplear el tacto. No me mires así, Taggart. Ya sé que estás pensando en nuestra cita a ciegas. Reconoce que de no haber sido porque me volviste a ver después, tú te habrías quedado convencido de que me habías rechazado tú y tu orgullo no habría sufrido ningún daño.

Taggart le pellizcó la mejilla cariñosamente.

-Tienes razón. Pero como de hecho nos volvimos a ver, lo único que conseguiste con tu estratagema fue embrollar las cosas. Nos habríamos ahorrado muchos problemas los dos si el primer día hubieras aparecido tan guapa y encantadora como eres y me hubieras dicho tranquilamente que no estabas interesada en mí.

Denise lo miró a los ojos con una sonrisa.

-Ah, claro... Te habría encantado que al llegar te dijera: mira, lo siento mucho pero aunque eres un tipo agradable a mí no me convences, así que prefiero no tener que ver nada contigo.

En vez de echarse a reír, como Denise había esperado, Taggart se quedó muy serio y preguntó.

-¿Cómo prefieres que te conteste a eso, con sinceridad o con tacto?

Denise abrió mucho los ojos. Hasta aquel preciso momento no se había dado cuenta de que Taggart estaba sentado demasiado cerca de ella o ella de él, pues no sabía con seguridad cuál de los dos había empezado En cualquier caso, ahora era consciente de que él le había rodeado, los hombros con un brazo, y que Jugueteaba lentamente con un mechón de su, cabello.

Taggart la miró de una manera que Denise creyó que la estaba besando.

-Cómo parece que yo soy aquí el que más en serio se toma la sinceridad tendré que contestarte en esa línea, ¿no crees?

-Sí -respondió ella con voz apenas perceptible.

Sin quitarle los ojos de encima, Taggart tomó la taza de su mano y la dejó en la mesa.

-Si aquella noche hubieras sido sincera conmigo, yo te habría

llevado a cenar para compensarte por la molestia que para ti había supuesto aquella cita no deseada... Y después, durante la cena, habría puesto en juego todos mis encantos para que te derritieras antes de llegar al último plato. Después, una vez reducida a ese estado, te habría convencido sin dificultad de que yo soy precisamente el tipo que necesitas. De todas formas, más vale tarde que nunca... ¿me permites convencerte ahora?

CAPÍTULO SIETE

Denise cerró los ojos y sintió cómo Taggart le acariciaba la curva del cuello y posaba los labios en los suyos. Lo deseaba con todas sus fuerzas... quería macho más que aquellas suaves caricias, más que aquel beso provocador. Aunque seguía pensando que era una locura iniciar una aventura, y Taggart estaba demasiado cerca. Su calor, su olor, lo impregnaban todo.

-Convénceme -murmuró pasándole los brazos por el cuello.

Taggart dejó escapar un gemido ahogado, y cuando sus miradas se encontraron, Denise supo que ya no había marcha atrás. Cuando lo estrechó contra sus senos y lo sintió temblar, se dio cuenta que Taggart era tan vulnerable a la pasión como ella, y que, como ella, había luchado contra el sentimiento y había perdido.

-Convénceme, Taggart -repitió.

-Será un placer -susurró él.

Taggart la colocó sobre su regazo, la levantó en los brazos y la llevó a su dormitorio.

-Dime que tenemos todo el día para nosotros -susurró atropelladamente al depositarla sobre la cama.

Sin esperar una respuesta, se incorporó y comenzó a quitarse la ropa con tanta prisa, que antes que Denise tuviera tiempo de admirar su cuerpo desnudo, estaba acostado junto a ella, mirándola, con su musculoso muslo sobre sus piernas y un brazo extendido sobre su cintura.

-Quiero hacer el amor contigo durante horas -susurró mirándola a los ojos, mientras su mano pasaba rápidamente de un botón a otro de su blusa.

-Tenemos todo el día -dijo Denise.

Cuando le quitó la blusa, Taggart se quedó contemplando su cuerpo desnudo como si estuviera ante la mujer más hermosa del mundo.

-Denise -susurró.

Aquella manera de pronunciar su nombre le pareció a Denise el piropo más bonito que le habían dedicado en su vida. Tendió los brazos hacia él con intención de abrazarlo, pero antes que pudiera hacerlo, Taggart se apartó murmurando algo que no alcanzó a entender.

-Horas y horas -repetía.

Sintió el cálido aliento sobre sus senos antes que tomara entre los labios uno de sus pezones. Denise gimió, estremecida por aquella caricia húmeda y cálida, sintiendo su mano en el otro pecho.

Con cada movimiento de Taggart su deseo crecía hasta hacerse insoportable. Él le besaba la delicada piel con besos menudos y provocadores. Horas y horas... si ya no podía contenerse ni un momento más.

-Te deseo, Taggart... por favor -gimió, pero su respuesta fue sofocada por los labios de él.

Mientras se besaban, Taggart seguía acariciando sus senos, atormentándola con tanto placer. Después, dejó de abrazarla, y, apartándose de su alcance, comenzó a recorrerla entera con su boca, iniciando el camino en la parte interna de sus tobillos y adentrándose al fin en el misterio de suavidad de sus muslos.

Denise gritó su nombre en un gemido y sus dedos se enredaron convulsivamente en los cabellos cortos de él. Se estremecía y su cuerpo se tensaba a medida que el placer iba surgiendo, cada vez más intenso, llevándola a un lugar desconocido que Taggart no la dejaba alcanzar. Por primera vez en su vida, Denise perdía el control sobre sí misma estando con un hombre, y se sentía arrastrada por una fuerza desconocida, ardiente, viva, que surgía de su interior...

Cuando Taggart la poseyó, Denise gritó de placer, sintiendo aquella necesidad que la consumía, por fin satisfecha. Se aferró a él, adaptándose a sus movimientos, entregándose por entero. En aquel momento del amor se compenetraban mejor que nunca.

A1 final, Denise se abrazó a Taggart frenéticamente, presa de un delicioso terror, y casi al mismo tiempo, él se unió a ella en la culminación del placer. Cuando ella empezó a sentir la amenaza de la explosión, Taggart estaba a punto de llegar... Al unísono alcanzaron la relajación final.

El primero en recobrarse fue Taggart, por lo menos mentalmente hablando, pues aunque intentó moverse, sus miembros se negaban a obedecerlo. Su cuerpo se encontraba perfectamente donde estaba, unido a la maravillosa mujer que tenía debajo, cosa extraña, pues lo primero que él hacía siempre después de hacer el amor con una mujer era separarse, pero con ésta en particular no tenía ningún deseo de apartarse.

¿Por qué? Porque con Denise se sentía completo, como si entre sus brazos hubiese encontrado una parte de sí mismo que le faltaba y que hasta entonces no había echado en falta ni había buscado. Este descubrimiento lo dejó sorprendido y asustadísimo... la necesitaba, sí, como nunca había necesitado a nada ni a nadie.

En medio de sus reflexiones le dio por pensar de pronto que tenía todo su peso muerto sobre Denise-, así que se incorporó

ligeramente y miró hacia abajo. Mirándola, sintió un cierto terror. Él, que nunca había necesitado a ninguna mujer... le costaba aceptarlo, pero aquel era el único modo de definir sus sentimientos por Denise. Otra cosa le sorprendía, y era que aquello no era simple deseo sexual, y dado que él no creía en el amor... ¿qué podía ser?

No tenía respuesta a esa pregunta, aunque antes de hacer el amor con Denise ya sabía de sobra cómo iba a ser. Quizá por eso mismo la había excitado hasta volverla loca de deseo, conteniéndose él mismo hasta que ella no pudiera más. Y cuando hicieron el amor, sintió la necesidad de que Denise estuviera del todo con él, y que sintiera lo mismo que él y con igual intensidad. Si la agitada respiración de Denise podía tomarse como señal, efectivamente, había conseguido su propósito.

O quizá la estaba aplastando con su peso!

-¿Peso demasiado?

Diciendo esto, la miró un poco preocupado, levantándose apoyado en los codos.

Denise abrió los ojos y esbozó una lenta y sensual sonrisa.

-Todo tú eres demasiado para mí, Taggart Bradshaw -murmuró con voz somnolienta.

Dado que Denise parecía satisfecha y completamente saciada, Taggart decidió tomar su comentario en sentido literal.

-Tú también eres algo especial, Denise.

-¿Qué quieres decir con que soy algo especial?

Denise dobló ligeramente las piernas, pero no se quejó del peso de Taggart sobre ella, aunque en efecto, era excesivo. Como él, se resistía a romper su unión, al menos por el momento. La sensación de tenerlo sobre sí era un recuerdo vivo de lo que acababan de compartir.

Taggart, sin embargo, tomó su pequeño movimiento como una señal de incomodidad y se apresuró a cambiar de posición, acostándose a su lado después.

-¿Y tú qué querías decir con eso de que soy demasiado?

Denise se incorporó apoyándose en un codo. Bajo los efectos aún de la experiencia más maravillosa de su vida, miró a Taggart largamente y despacio antes de contestar, recreándose en su cuerpo fuerte y bien formado. En realidad, era prácticamente la primera vez que tenía ocasión de contemplarlo a sus anchas desnudo.

-Demasiado maravilloso, demasiado provocador, demasiado sexy, demasiado guapo; eso, demasiado todo... -agregó casi sin aliento.

Taggart no solía ruborizarse nunca, pero en aquella ocasión se

sonrojó hasta las orejas.

-Ya. Ya veo.

-No, no ves lo que yo veo -murmuró Denise sin dejar de mirarlo-. Mmmm... eres increíble.

Taggart gimió, satisfecho de la apasionada valoración que Denise acababa de hacer de su cuerpo. El mismo pensaba que calificar a Denise de "demasiado" tampoco habría estado mal. Con sólo mirarla, conseguía excitarlo hasta tal punto que... por no hablar de lo que podía hacer con su voluntad, que quedaba anulada. Ella, que en aquel momento miraba la parte del cuerpo de Taggart más alterada, por decirlo de alguna manera, también se dio cuenta.

Para su mayor turbación, cuanto más miraba aquello, más se alteraba".

-Por favor, deja ya de mirarme de esa manera -gruñó Taggart.

Denise le dirigió una sonrisa traviesa, satisfecha de verlo excitado de aquel modo sólo por una mirada suya. Pasándole un dedo por el brazo, susurró:

-¿Por qué quieres que deje de mirarte?

-Que dejes de mirarme -dijo él remarcando las palabras, y clavando su mirada, que también podía ser muy penetrante, en ella.

Denise se sintió como hechizada bajo el influjo de aquellos ojos, y se dio cuenta, para su desesperación, de que no podía apartar la vista de ellos.

Una vez seguro de que la tenía presa con su mirada, apartó ésta de sus ojos y se recreó un momento en sus labios, donde se notaban las señales de los besos recientes. Después, su mirada fue descendiendo por el cuello hasta quedar fija en sus senos, que aparecían todavía erectos y enrojecidos por sus propios labios.

Cuando terminó el lento recorrido visual por Denise, sin olvidar ninguna parte de su cuerpo, ella respiraba agitadamente.

-¿Hemos terminado ya? -preguntó, pensando si alguna vez sería capaz de tomar la delantera a aquel hombre en algo.

Taggart entonces habló con la voz velada por el deseo.

-Yo pienso también que tú eres maravillosa, provocativa, sexy, guapa... y no yo. Además, no puede decirse que un hombre sea "guapo" o "provocativo". Normalmente, esos calificativos se aplican a las mujeres.

Denise lo miró a los ojos y le dijo muy seria:

-Tú eres el hombre más guapo y tentador que he conocido en mi vida, Taggart. Créelo, de verdad. Es la mejor descripción para ti.

Taggart no sabía qué lo desconcertaba más, si las palabras que

estaba diciendo o el tono en que las decía. Una vez más se sonrojó, y para evitar que Denise lo notara, la estrechó contra sí.

Permanecieron largo rato abrazados, en silencio, y ya estaba bien entrado el mediodía cuando alguien se decidió a hablar.

-Estoy muerta de hambre -murmuró Denise, removiéndose entre las sábanas.

Taggart, acostado junto a ella, no abrió los ojos ni hizo ningún movimiento.

Denise dejó escapar un suspiro y se incorporó en la cama, cubriéndose con la sábana y miró al hombre que para bien o para mal se había convertido en su amante. Se recreó un buen rato en su magnífico cuerpo desnudo, que se mostraba ante ella como una fiesta para sus ojos. Con sólo mirarlo, sentía revivir el deseo, pero decidió controlarse. Había sido suficiente.

Habían hecho el amor, era cierto, pero aquello no quería decir que todas las cuestiones quedaran resueltas como por arte de magia. Antes que Taggart y ella volvieran a hacerlo, iban a tener esa conversación que habían ido posponiendo desde el principio-. De pronto, un largo gemido salió de su estómago recordándole que no había comido nada en todo el día.

-Taggart, necesito alimentarme,

Sin a abrir los ojos, -Taggart murmuro débilmente

-Mira, Denise, yo no se lo que me abras hecho, pero yo por mi parte no tengo fuerzas ni para comer necesito descansar. ¿ Te importa que duerma un poco?.

-Por supuesto-

Denise no podía evitar una cierta satisfacción al saberse la causa de su agotamiento. Al fin y al cabo, su necesidad de comer no era tan apremiante como para que se fuera a desmayar si no tomaba algún alimento en un plazo de cinco minutos, así que se hizo un ovillo a su lado, y apoyando la cabeza en su hombro, decidió esperar.

Pero cinco minutos después, Denise se dio cuenta de que Taggart no salía de aquel estado de sopor en el que había caído... más aún, por su manera de respirar, era casi seguro que se había dormido. Se incorporó un poco con la intención de despertarlo, pero al ver su expresión pacífica, se arrepintió.

Un mechón le caía sobre la frente, dándole un aspecto casi infantil. Sin embargo, bajo sus ojos había unas bolsas que delataban su tendencia al insomnio. Viéndolas, Denise decidió que hubiera sido una crueldad despertarlo. Con mucho cuidado para no moverlo, salió de la cama.

Taggart seguía durmiendo cuando Denise se duchó por tercera vez en lo que llevaba de día. Envuelta en su enorme albornoz blanco, lo miró con una sonrisa antes de salir del dormitorio. Fue directamente a la cocina, y a11í sacó la ropa de la máquina secadora y se vistió. Cuando volvió al dormitorio para ver cómo andaba Taggart, éste no se había movido ni un centímetro.

Como suponía que a él no le molestaría que ella fuera comiendo algo mientras él seguía durmiendo, Denise volvió a la cocina. La cocina de Taggart, al igual que el resto de su casa, era funcional; de hecho no podría haberse descrito de ninguna otra manera.

Constaba de unos muebles alargados adosados a la pared, de formica marrón oscuro con una pila de acero inoxidable instalada en ellos, así como una estufa, un horno microondas y un lavavajillas. Los armarios altos de madera estaban pintados del mismo color que la pared superior de los de abajo. Encima de ellos, nada; ni una mancha ni un objeto, como si no se usaran nunca, lo que a Denise no le habría extrañado nada, pues estaba casi segura de que Taggart raramente comía en su casa. El suelo era muy bonito, de cerámica roja. Aunque resultaba la única nota cálida de la cocina, por el color, no producía este efecto, tal vez por la desnudez de todo lo demás.

Se habría dicho que aquella chimenea de piedra no había sido nunca encendida; desde luego, no tenía adornos encima, eso sí. En cuanto a las ventanas, ostentaban los cristales, pura y simplemente, sin unas malas cortinas que los cubrieran. Ni siquiera el gran ventanal que daba sobre la bahía en el pequeño comedor adosado a la cocina, conseguía poner un poco de calor en la habitación. El sol de la tarde que se asomaba con timidez por los cristales realzaba tristemente la austeridad de la cocina.

Denise pensó en lo poco que se parecía a su cocina de armarios abarrotados, llena por todas partes de plantas y de adornos sencillos de sabor hogareño, y se prometió a sí misma que no podía salir aquel día de casa de Taggart sin darle el número de teléfono del decorador que había trabajado para ella. Terry Riley, un verdadero artista, estaría encantado de meter mano a aquel desierto, y la casa de Taggart estaba pidiendo a gritos un cambio.

Pero al abrir el refrigerador, Denise decidió que antes que un decorador, había cosas más urgentes que hacer en aquella casa... Taggart Bradshaw necesitaba alguien que lo cuidara! De hecho, la mayor parte de la gente compraba un refrigerador con la intención de llenarlo, aunque fuera con pocas cosas. Pues bien, el de Taggart estaba desoladoramente vacío.

Denise se preguntó, intrigada, qué habría pensado Taggart darle cuando le ofreció algo de comer al llegar aquella mañana a la casa, pues lo único que allí había era una lata de cerveza, un trozo de hamburguesa envuelta en papel y un bote de crema de cacahuate. En cuanto al congelador, su contenido se reducía a una montaña informe de cubitos de hielo pegados unos a otros, resultado sin duda de una máquina de hacer cubitos de la que nadie se había ocupado en meses.

En cuanto a las alacenas, estaban igualmente desprovistas. Después de buscar con ahínco en todas y cada una de las puertas, lo único que Denise consiguió encontrar fue una caja vacía de chocolate instantáneo, dos latas de sopa de pollo también instantánea, un tarro de café molido y una bolsa de papas fritas a medio comer, que debían estar ya más que rancias. En la panera metálica que encontró en uno de los cajones sólo había un montón de migas secas y duras.

Debajo de la pila, en el cubo de la basura, Denise encontró la prueba de cómo Taggart era capaz de sobrevivir sin morirse de hambre. El cubo en cuestión rebosaba de recipientes y papeles de envolver con el nombre de -todos los restaurantes de comida rápida para llevar de la ciudad, lo que quería decir que eso era lo único que comía. Probablemente no estaba enterado de lo perjudicial que era para su salud aquella comida tan alta en grasas y colesterol.

Denise sacudió la cabeza. Empezaba a pensar que lo que le pasaba a Taggart era que tenía ganas de morirse, pues semejante estilo de vida sólo podía llevarlo a la autodestrucción... si no lo mataba el "estrés" o el vicio del tabaco, acabaría enfermo de avitaminosis. Necesitaba, pues, que alguien le echara una mano, y pronto.

En aquel momento, una voz inquisitiva se alzó en su interior.

"Y quién mejor que ella para asumir ese trabajo"

Según lo que sabía por labios de Ray y por los escasos comentarios: que el mismo Taggart le había hecho, no tenía familia o por lo menos se encontraba distanciado de ella. En cuanto a sus empleados los trataba como amigos, pero no tenía un trato demasiado intenso con ellos. Incluso Ray, que pasaba mucho tiempo con él, lo consideraba un tipo solitario.

En cuanto a las mujeres, por lo que Denise acababa de ver en la cama, quedaba claro que había conocido a muchas en su vida, incluso demasiadas, pero en cualquier caso todo inducía a pensar que en aquel mismo momento no mantenía una relación seria y permanente con ninguna, pues si así fuera, no le habría hecho el

amor de aquella forma. Por lo tanto, por el momento, ella era la única mujer de su vida.

Decidió abrir uno de los sobres de sopa y calentarlo en el microondas. Pero cuando, sentada en el comedor, empezó a beberlo, estuvo a punto de atragantarse.

-Yo soy la única mujer de su vida! -exclamó en voz muy alta-. Dios mío, ¿ por qué me tiene que tocar a mí? Con mi hermano tengo ya bastante. No, no puedo ser yo -añadió un momento después, más tranquila.

Una vez terminada la sopa, puso la taza sucia en la pila, ignorando esa vocecilla de su conciencia que le repetía una y otra vez que sí era ella, salió de la cocina, enfiló el pasillo y entró finalmente en el dormitorio

Taggart seguía durmiendo a pierna suelta. En algún momento se había echado encima la sábana, y dormía acurrucado en posición fetal. Al acercarse mas, Denise observó que el vello de sus brazos estaba erizado, y que tenía,, los músculos contraídos, pero que su sueño era demasiada profundo, y no habría encontrado la manta, que estaba en el suelo.

La vocecilla interna que pugnaba por hacerse oír se intensificó cuando retiro b manta del suelo y se la colocó amorosamente por en; encima cuidando de no dejarle los pies destapados, cosa que, dada su elevada estatura, resultaba difícil. Al remeterle los bordes para que no se destapara, Taggart dejó escapar un suspiro placentero, y cuando le acarició maternalmente la sien, volvió la cabeza y la reclinó en la palma abierta de su mano como un niño confiado. Entonces, su conciencia le dijo a gritos que ella era la única.

Estaba casi a punto de salir corriendo de la habitación, pues aquella certeza le impulsaba instintivamente a huir, pero se detuvo murmurando:

-Está bien, yo soy la única persona que se preocupa por él..., porque me importa más que a nadie.

Dos horas más tarde, no sólo se había resignado a su suerte, sino que estaba incluso contenta con ella. Cualquier mujer se habría sentido halagada en una situación semejante, pues no ocurría todos los días que un hombre necesitara tan desesperadamente los cuidados de una mujer. Sin embargo, Denise no había llegado a esta conclusión con facilidad, no; le había costado un buen rato de reflexión, analizando no sólo las necesidades de Taggart, sino también las suyas propias.

Hacía mucho que no realizaba un examen serio y concienzudo

de sí misma, pero aquel día, en que contaba con una atmósfera propicia de soledad y con una causa dé peso que la empujaba a ello, lo hizo, y más sinceramente que nunca. Lo que sacó en conclusión fue terrible: Había pasado años y años engañándose a sí misma en lo que a su tipo ideal de hombre concernía, porque ella con un tipo campechano, tranquilo y sin problemas, lo único que podía conseguir era morirse de aburrimiento. Ella necesitaba un hombre obstinado, quizá un poco hostil, o duro de pelar, agresivo en ciertos aspectos, siempre desafiante...

De pronto oyó algo extraño en la habitación. Acudió corriendo y se encontró a Taggart revolviéndose entre las sábanas como loco y gritando débilmente, como si algo le estuviera haciendo daño. Entre el revoltijo de ropa, se veía que estaba cubierto de sudor.

Denise estaba tan ansiosa por ayudarlo, que no se le ocurrió pensar en las consecuencias que podría tener su comportamiento después. Rápidamente deshizo aquel embrollo de sábanas. Se sentó encima de la colcha, lo hizo poner la cabeza en el regazo, y Taggart, aunque era evidente que se había despertado, no quiso abrir los ojos ni hizo ningún esfuerzo por apartarse de ella.

Denise comenzó a darle un suave masaje en la frente mientras 1v decía con voz melosa:

-No pasa nada, Taggart, relájate. No va a pasarte nada; lo único que tienes que hacer es escuchar mi voz y relajarte... Deja tu mente en blanco.

En cuestión de segundos, Taggart ya estaba por completo relajado, y Denise no podía por menos que sentirse satisfecha de su éxito, por la sencilla razón de que era imposible hipnotizar o sugestionar a una persona cuando estaba dormida, pues necesario, o más que el necesario, indispensable, era que el sujeto en cuestión se prestara voluntariamente a hacerlo, pues de otro modo todos los intentos resultaban nulos.

El día de su primera sesión, Taggart se había resistido incluso a descender al primer nivel de relajación, y no obstante, en aquella ocasión, había podido confiar en ella tanto, que se encontraba en el nivel más profundo, a juzgar por el ritmo tranquilo y acompasado de su respiración.

Teniéndolo así de predispuesto, no pudo resistir la tentación y 1e hizo una preguntita sencilla, a la cual él contestó tranquilamente y sin vacilar.

-La compota de manzana casera -murmuro con una sonrisa feliz.

Aquella mención a la comida le hizo recordar a Denise el estado lamentable de su cocina, y por otra parte también le inspiró la

solución al problema; una solución que no le ofendiera.

-Dime más cosas de comer que te gusten, Taggart.

CAPÍTULO OCHO

Aquella mañana, Taggart se despertó lenta y placenteramente, se desperezó entre las sábanas y comprobó que se sentía descansado y relajado como nunca. Pero, al abrir los ojos, le esperaba una desconcertante sorpresa... No era de día, o mejor dicho, no era por la mañana! Desmoralizado, apartó las sábanas bruscamente y saltó al suelo como alma que lleva el diablo.

Se sentía perdido, pero una mirada al reloj lo situó. Eran más de las siete de la tarde, lo que significaba que había estado durmiendo seis horas. No quería ni imaginarse lo que estaría pensando Denise de su resistencia física. No había sufrido un infarto durante el momento del clímax, cierto, pero quedarse tan exhausto como para dormir seis horas después de hacer el amor...

Se dirigió a toda prisa al salón, pero cuando llegó al umbral de la puerta, el espectáculo que le esperaba a11í lo obligó a detenerse. Contrariamente a lo que se esperaba, Denise no se había ido, cansada de verlo dormir, sino que estaba a11í, acurrucada en el sofá, leyendo un libro.

-Hola, dormilón! -exclamó, dejando el libro a un lado y levantándose cuando lo vio entrar-. ¿Quieres cenar algo?

-¿Mmmm? -murmuró Taggart, que no podía creer que todavía estuviera a11í, y además de buen humor, lo que todavía resultaba más sorprendente.

-La cena -repitió Denise más despacio-: Mientras tú dormías como una marmota, tomé to coche prestado y fui a comprar unas cosas. Espero que no te importe.

-¿Importarme?

-Tu despensa estaba vacía, ¿sabes? Y no sé si te acordarás que te dije que estaba muerta de hambre... Así que acabé con lo poco que tenías de una sentada y me sentí en él deber de reponer las existencias. Dije que lo pusieran en tu cuenta, y creo que me entusiasmé un poco. .. Bueno, eso ya lo verás cuando te pasen la factura, pero seguro que llegas a la conclusión de que merece la pena. He preparado un guiso de pollo delicioso.

Denise hablaba atropelladamente, con una sonrisa llena de ternura, casi maternal y alegre como la de una niña.

-¿Por qué no vuelves a la habitación, terminas de vestirte y después vienes conmigo a la cocina? Como no es ninguna cena especial, he pensado que podemos comer allí en lugar de hacerlo en el comedor.

¿Te parece bien?

-Sí... sí, muy bien.

-Me habías dicho que te gustaba el pollo, ¿verdad?

Taggart no recordaba haber hablado del pollo con ella jamás, pero no por eso dejó de demostrar menos entusiasmo.

-Me encanta el pollo.

-Estupendo -respondió Denise, empujándolo hacia el pasillo.

A Taggart le esperaba una sorpresa todavía mayor cuando llegó a la cocina y tuvo ocasión de contemplar lo que Denise había hecho mientras él dormía. En primer lugar, la cocina no parecía la misma; se había convertido de pronto en una habitación alegre y acogedora, que invitaba a entrar y quedarse a11í. No sabía si lo que tanto le atraía era la presencia de Denise, sonriente y despeinada, envuelta en un enorme delantal, o las flores, o las velas de colores, o el olor a pan recién horneado.

Después de la primera reacción de asombro, empezó a preguntarse si Denise estaría acostumbrada a cocinar en su casa o si se habría esmerado tanto en crear un ambiente hogareño sólo por él... Sabiendo lo muy ocupada que la mantenía su profesión, la respuesta más lógica le parecía esta última, pero aún le surgía otra duda... ¿por qué se habría esmerado tanto por él?

-¿Puedes servir el vino, Taggart, por favor? -preguntó Denise, que se ocupaba en aquel momento de retirar una cacerola del fuego.

-Ahora mismo. Es lo mínimo que puedo hacer después de todo lo que has trabajado tú mientras yo dormía.

-Para mí esto no es trabajo, porque me encanta cocinar. Deberías aprender a cocinar, es muy divertido, te lo aseguro.

-Sí, puede que sea divertido -concedió Taggart con una sonrisa--, pero la mayoría de las veces resulta mucho más cómodo comer cualquier cosa por ahí.

-Será mucho más cómodo, pero desde el punto de vista de la nutrición es mucho peor. ¿Qué tal está el vino? ---preguntó al ver que Taggart hacía una mueca al probarlo--. Me había gastado ya tanto dinero cuando llegué al vino, que compré él más barato.

Taggart disfrutó de aquella cena más que de la del más lujoso restaurante. La entrada consistió en una rara y deliciosa ensalada de espinacas, y después vino el plato fuerte, el guiso de pollo, que resultó estar acompañado de arroz y champiñones. Y de postre, una compota casera.

-Es extraño, Denise, no recuerdo haberte dicho nunca cuáles son mis platos favoritos, y resulta que has acertado en todo.

-¿No te acuerdas que me lo dijiste esta tarde? -preguntó Denise, aparentemente sorprendida-. Qué raro. Yo no te indiqué que no lo recordaras.

Taggart se puso en guardia de inmediato.

-¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo que tú no me habías dicho que no recordase'?

-Si, hombre, cuando te hipnoticé -dijo Denise tranquilamente, sin darse cuenta de que estaba diciendo algo que era nuevo para ...

-Cuando me hipnotizaste -repitió Taggart lentamente.

-Nmmm... qué raro, mis pacientes suelen recordar perfectamente todo lo que hablamos durante la sesión -murmuró Denise pensativa-. No comprendo por qué tú... -mientras hablaba, iba retirando los platos del postre de la mesa. Después de un momento de vacilación, añadió-: Quizá concedes tan poca importancia a la comida que has olvidado esa parte de nuestra conversación.

Haciendo un notable esfuerzo para contenerse, Taggart se incorporó despacio de la mesa y fue a reunirse con ella junto a la pila.

-Verás, Denise, es que da la casualidad de que el problema no es que no recuerde esa parte en concreto, sino más bien que no recuerdo nada de nada

-La verdad es que poco hay que recordar. Después de la primera fase de inducción, hablamos un poquito y luego te dejé dormir. No quería prolongar demasiado la primera sesión, porque en ese caso te habrías desperado muy cansado. En la hipnosis, cuanto mejor preparado esté el sujeto, más fáciles superar el obstáculo de sus inhibiciones y llegar a la raíz del problema. Dentro de dos semanas te quedaras sorprendido del cambio que habrá experimentado tu estilo de vida. Con la fuerza de voluntad tan grande que tú tienes, te aseguro que después de la segunda sesión dejarás de fumar. Ahora no debería decírtelo, pero no sé si te habrás dado cuenta de que llevas un buen rato levantado y que todavía no has encendido un cigarrillo.

-Qué te parece! -exclamó Taggart en tono de falsa complacencia-. Así que al final resulta que soy mejor paciente de lo esperado.

-Bueno, al principio del tratamiento es normal que surjan dudas.

Taggart contempló cómo Denise iba llenando el lavavajillas y lo ponía a funcionar apoyada en la pila y con los brazos cruzados indolentemente sobre el pecho. Denise se movía en la cocina como si hubiera vivido allí toda la vida, abriendo y cerrando armarios - con seguridad, sabiendo dónde estaba cada cosa. Cuando hubo terminado de limpiar la mesa, dobló el paño, y dijo:

-Bueno, ya está todo. ¿Quieres que vayamos al salón a seguir charlando?

-Sí, sí, desde luego -contestó rápidamente Taggart, que case no podía dar crédito a tanto descaro.

Así que estaba orgullosa de su primera sesión y quería contársela? Muy bien, pues que lo hiciera.

-Cuéntame entonces, Denise -dijo, divertido al ver la cara de sorpresa que ponía ella cuando se sentó en una silla en vez de hacerlo a su lado, en el sofá-. ¿De qué más hemos hablado además de mis comidas favoritas y de mi vicio con el tabaco?

Denise esbozó una sonrisa.

-Ya te he dicho que no hemos hablado mucho. Te hice algunas preguntas básicas y hemos conseguido lo más importante, que es que tú confíes en mí. Sólo así podremos obtener más adelante resultados satisfactorios. Y la prueba está en cómo te sientes ahora. Dime, ¿cuánto tiempo hacía que no te levantabas tan descansado?

-¿Tú crees que eso es gracias a la hipnosis?

-Sí, pero de todas formas quiero que entiendas que no ha sido todo por lo que haya podido decirte yo, ni mucho menos, porque en última instancia quien controla tu mente eres tú mismo, así que todos los progresos serán gracias a ti. Y todo lo que hagas, lo harás porque quieres. .

-Lo mismo digo yo de ti! -exclamó Taggart sorprendiéndola con su repentino tono de voz airado-. Eres buena, buenísima, tienes respuestas para todo, ¿verdad?

-Me parece que... no te entiendo.

-Entonces voy a decírtelo más claro. Yo no permití que tú me aconsejaras nada sencillamente porque no era consciente y no me he enterado de que me habías hipnotizado hasta este mismo momento, cuando empezamos a hablar del perfecto menú.

-¿Me estás diciendo que?...

-Lo que te digo es que por mucho que me cuentes ahora que yo controlaba y que confiaba en ti y todo eso, lo único que has hecho ha sido aprovecharte de mí mientras dormía.

Denise lo miraba sorprendida.

-Pero, ¿cómo puedes decir que me he aprovechado de ti si cuando empezamos estabas despierto? Además, para que te enteres, yo no podría haberte hipnotizado si tú no hubieras querido.

-¿Que yo estaba despierto? De eso nada! -gritó Taggart levantándose de la silla-. Ni siquiera sabía que estabas aquí y estoy segurísimo de que no era consciente cuando contesté a tus malditas preguntas. Y entérate de una cosa no volveré a confiar en ti! Me horroriza la idea de pensar que me has hecho decir cosas que yo ni siquiera sabía que estaba diciendo. No tenías ningún derecho!

-Escúchame, Taggart...

-No Ahora te toca a ti escucharme -exclamó él adoptando una postura terrible, como de alguien que está a punto de cometer una atrocidad-. Yo ya he oído suficiente, y por muchas más cosas que me digas no vas a conseguir arreglar lo que has hecho. Puedes hacer lo que quieras: prepararme cenas caseras, intentar justificarte hasta que te duela la lengua, volverte loca en mi cama pero te aseguro que a mí no me la vuelves hacer.

Hubo un silencio cargado de tensión durante el cual Denise, presa del asombro más absoluto, no acertó a decir palabra, pero al final su furia se abrió paso y venció a la estupefacción.

-Mira Taggart, te vuelvo a repetir que no me aproveché de ti mientras dormías -dijo acaloradamente-. Que me creas o no es problema tuyo- yo ya te he dicho que tal cosa es imposible. Para hipnotizar a una persona, es del todo necesario que esté despierta, y la decisión debe tomarse conscientemente, nunca inconscientemente. Tu mismo decidiste que te hipnotizara, Taggart, y si yo lo hice fue sólo con ánimo de ayudarte.

-Cuando quiera tu ayuda, Denise, descuida que te la pediré... aunque después de lo ocurrido, creo que no lo haré jamás. Lo último que a mí me hace falta es una mujer que pretende enseñarme, 1o que es bueno para mí y lo que no lo es. No eres mi madre?

-Tu y yo sabemos que tu madre nunca se preocupó de lo que era mejor para ti -replicó Denise con furia, sin saber a ciencia cierta por que decía aquello, pero segura en todo caso de que era verdad.

Naturalmente en cuanto vio la reacción de Taggart se arrepintió, de haberlo dicho, pues él dio por hecho que había obtenido aquella información mediante la hipnosis. Antes que Denise pudiera refutar la acusación que se leía en sus ojos, Taggart la asió por los hombros, clavándole los dedos hasta hacerle daño.

-Así que te he contado todo, ¿ verdad? Ahora conoces la sórdida historia de mi vida. Por eso eras toda dulzura y sonrisas cuando me levanté... porque me tienes lástima, porque sabes que soy un pobre bastardo hijo de una prostituta que jamás se preocupó de mí.

-Taggart, yo... yo no...

Taggart se apartó de ella soltándola de un empujón que la hizo caer en el sofá, sin aliento. Él la miró con una expresión tan terrible, que Denise tuvo miedo de verdad.

-Me ves como uno de los interesantes casos de los libros de psicología, ¿no? Un caso apetitoso para hincarle el diente, ¿no es verdad?

Todo el afán de Denise en aquel momento era aclarar por todos los medios aquel terrible malentendido.

-Yo no lo veo así, Taggart, ni muchísimo menos. Estás equivocado, no es lo que piensas. Entré un momento en la habitación y me di cuenta de que estabas teniendo una pesadilla, y como da la casualidad de que me importas, decidí ayudarte. Cuando te dije que, te relajaras, estabas muy propicio, y en menos de diez minutos alcanzaste un grado profundo de relajación -diciendo esto, los ojos se le llenaron de lágrimas, pero continuó hablando-. No te niego que me alegré mucho de que confiaras tanto en mí. Y además, después de lo que acabábamos de compartir, no me pareció que fuera ningún delito contra tu intimidad preguntarte acerca de tus gustos en comidas y darte consejos para que dejes de fumar. También te dije que disfrutaras al máximo del descanso del sueño y que te despertaras fresco y descansado. No se me ocurrió pensar que pudieras olvidarte, y para ser sincera, no me explico cómo es posible que ahora no recuerdes nada, cuando deberías recordar perfectamente tanto lo que te dije yo como lo que me dijiste tú.

Taggart empezó a pensar, ya más calmado, que era imposible que una persona demostrara tanta perplejidad si no la sentía verdaderamente, y contemplando su ansiedad, se conmovió y su ira cedió un poco.

-En eso de que esperabas que yo recordara, lo creo.

-Así es, Taggart.

-Pero sigo creyendo que has ido demasiado lejos conmigo.

Denise se dio cuenta de que de nada iba a servir prolongar más aquella discusión, pues no conseguiría disuadirlo de la idea de que le había hecho preguntas acerca de su niñez durante la hipnosis. Y si no la creía, era en gran parte por su general desconfianza hacia todas las mujeres. Lo único que podía hacer, pues, era prometerle que sería sincera siempre para demostrarle que no por ser una mujer tenía que mentirle.

-He intentado ayudarte porque tú me importas mucho, Taggart --repitió con mucha seriedad.

Taggart dejó escapar un suspiro.

-Te creo, pero de todas formas quiero que comprendas una cosa, Denise: yo no soy un paciente tuyo, ni quiero serlo nunca. Si al principio accedí a ir a tu consulta, fue porque era la única manera de seguir en contacto contigo... estoy seguro de que tú te dabas cuenta, ¿no?

-Sí -afirmó Denise.

-De ahora en adelante quiero que me consideres solamente como

un hombre con el que sales, y que te olvides de mirarme como a un paciente o como un objeto potencial de hipnosis.

-Lo intentaré, pero...

-No quiero "peros", Denise!

-Está bien -contestó ella de mala gana, sin mirarlo a los ojos.

Taggart notó aquella maniobra evasiva y supo en seguida que Denise no se resignaba a la condición que le acababa de imponer... quizá estaba demasiado acostumbrada a ir por ahí ayudando a la gente y metiéndose en sus vidas privadas, y le costaba renunciar a hacer lo mismo con él.

Y, a pesar de todo, Taggart nunca había sentido en toda su vida nada semejante a lo que había experimentado haciendo el amor con Denise. El placer y la plenitud que encontraba a su lado no se lo había dado nunca nadie. Aunque Denise lo sacara de sus casillas y le enfureciera a veces, seguía deseándola como antes, y esto no Podía cambiarlo nada ni nadie.

Había transcurrido un momento, en el transcurso del cual, ninguno de los dos había dicho nada, y Denise se quedó estupefacta cuando vio que Taggart se sentaba a su lado y empezaba a hablarle en tono conciliador, o casi conciliador.

-Muy bien, vamos a imaginarnos que tú nunca me has preguntado un montón de cuestiones íntimas en las que no tenías ningún derecho a indagar y que yo no me he molestado. Imaginemos que hemos hecho el amor y después hemos comido tranquilamente juntos... Si las cosas hubieran sido así, ¿de qué habríamos hablado?

Denise no tenia ni idea de adónde pretendía llevarla Taggart con aquellas hipótesis, pero no obstante le siguió la corriente, contenta de haber terminado ya con la discusión.

-Mi primer pensamiento después de hacer el amor contigo fue que nos habíamos creado un problema todavía más grande del que ya teníamos al empezar. El problema es que todas nuestras diferencias que en la vida cotidiana pesan tanto y nos hacen discutir constantemente, en la cama desaparecen sin dejar rastro. Yo no sé cómo sería para ti, pero té que yo sentí fue algo mucho más fuerte que lujuria, te lo aseguro -afirmó con una sombra de turbación en la voz que no pudo evitar-. El acto de unirnos fue tan bonito y tan especial que me asustó mucho, te lo digo de verdad. Somos unos desconocidos el uno para el otro, Taggart, y sin embargo contigo he sentido lo que nunca había sentido con ningún otro hombre.

Después de un largo silencio cargado de tensión, en el transcurso del cual Denise temió que hubiera sido contraproducente hablar con

tanta sinceridad, Taggart comenzó a hablar en tono igualmente pensativo.

-Si quieres que te diga la verdad, a mí me ha pasado lo mismo, y estoy tan asustado como tú.

-¿Qué podemos hacer? -preguntó Denise en tono preocupado.

-Yo creo que ocurra lo que ocurra con nosotros dos, Denise, merece la pena explorarlo un poco más.

-Sí, sí, lo mismo creo yo. Aunque no seas mi tipo, ni muchísimo menos, me he dado cuenta de que eres lo que necesito, ni más ni menos.

Taggart captó muy bien el mensaje que se escondía detrás de las palabras de Denise, y se sintió muy contento de que se abriera con tanta franqueza, pero cuando le llegó el turno de hablar a él, las palabras parecían negarse a salir de sus labios.

-Para... para mí es muy difícil aceptar que una mujer me haga sentir tan bien como tú... no sé si me comprendes. Contigo me siento bien, de verdad, mejor que con nadie. Pero lo peor es que me gusta tanto estar contigo que empiezo a sentirme dependiente de ti, y eso no me gusta nada.

-Yo también empiezo a depender de ti, Taggart, y también me da miedo. Creo que los dos tenemos que intentar superar de alguna manera este miedo.

-Entonces... ¿tú estás dispuesta a intentarlo? -preguntó Taggart.

-Más que dispuesta -declaró ella con firmeza.

-Entonces ven aquí -le pidió Taggart, tendiéndole la mano-. Como dijo Shakespeare: "Contra el miedo atroz no se puede luchar, ni rehuirle", así que la única posibilidad que nos queda es rendirnos a él.

Denise le tomó la mano, apretándola con fuerza.

-Yo no quiero luchar contigo... ni muchísimo menos huir.

-Entonces... ¿qué quieres? -preguntó Taggart, atrayéndola hacia sí.

-Por él. momento me conformo con que me abraces -susurró mientras Taggart la estrechaba entre sus brazos y acercaba los labios a los suyos.

-¿Solamente?

-Bueno, si se te ocurre hacer algo más, tampoco me importa.

CAPÍTULO NUEVE

Denise no fue del todo consciente de lo que ocurrió en las semanas que siguieron, hasta una buena mañana del mes de agosto en la que se despertó en su dormitorio, en su cama, pero arropada por el calor de su cuerpo masculino. El placer y la ternura que experimentaba al despertar en brazos de Taggart se habían convertido ya en una costumbre que por nada del mundo quería cambiarlo por lo menos eso pensó cuando se desperezó lenta y voluptuosamente contra él.

Y junto con este pensamiento acudió otro a su mente que había conseguido mantener oculto y callado durante casi un mes. El pensamiento era, ni más ni menos, que estaba enamorada de Taggart Bradshaw. No podía negarlo, amaba a Taggart con todo su corazón y siempre lo amaría. Despertarse en sus brazos era lo que más le gustaba de este mundo y pensaba seguir haciéndolo todos los días durante el resto de su vida.

Pasaban juntos todos los fines de semana y casi todas las noches, pero ninguno de los dos había mencionado en ningún momento la posibilidad de hacer oficiales sus relaciones y empezar a vivir juntos. Denise, por su parte, no decía nada por miedo a que Taggart se sintiera presionado a hacer algo que en realidad no deseara... o por lo menos que ella no estaba segura de que deseara. Si algo había aprendido de él en aquellas tres semanas de intensa relación, era que cualquier intento por parte suya de dominarlo estaba irremediablemente condenado al fracaso.

Denise lo miró de reojo y vio que todavía dormía profundamente. Pensó en despertarlo, pero le pareció una pena no dejarlo dormir a placer aquella mañana de sábado, cuando él no tenía por qué madrugar.

-¿Vas a alguna parte? -preguntó Taggart con voz ronca, asiéndola por la cintura en cuanto la sintió moverse-. Yo que tú no lo haría, ¿sabes?

-¿Se puede saber qué haces despierto? No son ni las ocho de la mañana.

Taggart hizo un sonido muy elocuente mientras recorría con los labios la curva de su cuello hasta él escote.

-Mmmm... es la mejor hora para devorarte.

Denise, que pensaba exactamente lo mismo, no opuso ninguna resistencia, y se dejó besar los pechos haciendo oscilar el cuerpo voluptuosamente debajo de él, excitada como siempre en cuanto él la tocaba. Al sentir su miembro erecto en el vientre, comenzó a estremecerse de impaciencia. Taggart era un amante perfecto y ella

podía conseguir que la deseara con la misma intensidad con que ella lo deseaba a él cada vez que hacían el amor.

Taggart la besó entonces en la boca mientras deslizaba una mano por su vientre, lentamente, hasta alcanzar su objetivo en la piel aterciopelada, caliente del interior de sus muslos. A partir de aquel momento, sus caricias se extendieron como descargas eléctricas por el cuerpo y la mente de Denise.

Denise arqueó la espalda con impaciencia, y entonces sintió entre sus piernas el contacto de los muslos cubiertos de vello de Taggart, y en aquel momento se olvidó de todo, salvo de que era una mujer y que deseaba con todas sus fuerzas a un hombre. Sintió su boca en torno a uno de sus pezones, y gritó de deseo.

En aquel mismo instante, Taggart la hizo suya.

Denise volvió a gritar de placer al sentirlo dentro, y comenzó a moverse a su compás, abandonándose a la fuerza del momento. Aquella sensación de placer, ya tan familiar, fue creciendo en su interior, como de costumbre, cada vez más intensa hasta que Denise perdió la cabeza, enloquecida por el deseo de alcanzar el punto de placer más alto, que ambos buscaban con el mismo fervor. El cuerpo fuerte y poderoso de Taggart formaba parte del suyo, se acoplaba perfectamente... juntos llegaron al fin.

Terminó enseguida, pero, como siempre, fue maravilloso... Con Taggart siempre era maravilloso.

Apenas había salido del estado de semiinconsciencia que sigue al acto amoroso, cuando sintió que Taggart se separaba con cierta premura de ella y salía de la cama. Con los ojos muy abiertos, lo observó mientras recogía la ropa que había dejado esparcida por el suelo la noche anterior y se la ponía apresuradamente.

-¿A qué viene tanta prisa? -le preguntó-. ¿Has olvidado que hoy es sábado?

Antes de contestar a su pregunta, Taggart echó una mirada a su reloj.

-Sí, ya sé que es sábado. Lo que pasa es que ayer se me olvidó decirte que hoy no podré estar contigo... Ray me llamó para decirme que el F-X 180, el computador nuevo, se descompuso. Todavía no sabemos lo que le pasa, pero tenemos que arreglarlo antes del lunes si quiero convencer a la gente de Rondex para que adopte nuestro sistema. No creo que le interese mucho una computadora de más de un millón de dólares que no funciona.

-De todas maneras, sigo sin entender por qué tienes que estar tú a11í -observó Denise un poco asombrada-. A1 fin y al cabo Ray es el ingeniero, y entre él y los técnicos de la empresa podrán solucionar

lo que sea. .

Taggart se sentó al borde de la cama y empezó a ponerse los zapatos.

-Pero es que no es una avería cualquiera, Denise, sino un problema importante. Están en juego millones de dólares y meses y meses de trabajo.

-Pero tú cuentas con un personal especializado para solucionar problemas... ¿por qué no los dejas hacer a ellos?

-Yo ideé el F-X, y por eso soy el más capacitado para arreglarlo.

Denise lo miró atónita al escuchar aquello. Ella sabía que Taggart no era ingeniero ni tenía título universitario, así que había dado por hecho que su empresa la llevaba como un hombre de negocios que negocia con el talento ajeno. Lo que no se le había pasado por la imaginación era que él mismo diseñara aquellas complejas computadoras.

-No pongas esa cara de asombro, Denise. Precisamente estoy en extremo preocupado porque no tengo un título que respalde mis diseños. Lo que sé sobre computadoras lo he aprendido yo solo. Como podrás imaginarte, cuando mis clientes se enteran de este detalle, también les cuesta creerlo. La única garantía que puedo ofrecer es el buen funcionamiento de los aparatos, y si me falla el F-X, mi buen nombre desaparecerá con ella. Y no estoy dispuesto a permitir que esto ocurra.

Denise lo miró boquiabierta, pensando en lo equivocada que estaba al juzgarlo como un obseso del trabajo que sólo se preocupaba por ganar dinero... No, Taggart no trabajaba para compensar las privaciones que había tenido que sufrir en la niñez, ni tampoco-para matar el tiempo. Hacía lo que hacía porque le gustaba de verdad su trabajo, como todo genio creador, que necesita manifestarse de algún modo.

La pobre Denise sintió una especie de vaivén en el estómago al considerar lo que aquel nuevo descubrimiento iba a significar para su futuro.

-¿Cuánto tiempo crees que estarás ocupado en eso?

-Por lo que me ha contado Ray, no creo que veamos la luz del día hasta el lunes por la mañana.

Denise asintió sin hacer ninguna objeción, pero deseando en su fuero interno que se tomara un respiro de vez en cuando.

-Habíamos quedado esta noche en ir a casa de mis vecinos a la `fiesta sorpresa de cumpleaños que le quieren dar a Brad, ¿te acuerdas?

-Ve tú sola -dijo Taggart, sin dar muestras de los celos habituales

que los musculosos amigos de Denise le inspiraban-. No vas a perderte la fiesta porque yo no esté. Además, no creo que me echen mucho de menos a mí -añadió mientras se ponía la chaqueta.

Denise pasó aquel fin de semana repitiéndose una y otra vez que, aunque no se molestara en llamarla, Taggart seguía considerándola parte importante de su vida. El lunes por la tarde volvió del trabajo antes de lo acostumbrado y vio confirmada su creencia al encontrarse el coche de Taggart estacionado frente a su puerta. Después de terminar su trabajo, a Taggart le había faltado tiempo para reunirse con ella.- Impaciente por saber qué había ocurrido, Denise se apresuró a entrar.

-Taggart! Estoy impaciente por oírlo todo! -gritó a pleno pulmón en el salón vacío.

Cuando se dirigía al dormitorio, oyó una respuesta ahogada que procedía de la cocina, articulada sin duda por una boca llena. Denise consideró una buena señal que Taggart hubiera vuelto más hambriento que cansado, pues si no hubiera tenido éxito en su negocio, seguramente no habría regresado con apetito.

-Soy todo oídos, Taggart -exclamó entrando en la cocina.

-Hola querida hermanita -saludó Ray, asomándose por encima de la puerta del refrigerador.

-Pero bueno! ¿Qué haces tú aquí? -preguntó Denise, luchando a duras penas para disimular su desencanto-. ¿En dónde está Taggart? ¿No ha venido contigo? Su coche está ahí fuera.

-Te traigo un mensaje de Taggart. Al fin conseguimos tener el F-X a punto para la entrevista del lunes por la mañana, pero la gente de Rondex se había enterado de la avería y decidieron que no aceptarán nuestros aparatos a no ser que Taggart revise personalmente la instalación en su oficina central. Ahora mismo debe estar en un avión camino de Los Angeles.

Mientras Ray terminaba de engullir el pollo que había sacado de la nevera, Denise trató de digerir las noticias lo mejor posible.

-Hemos trabajado cuarenta y ocho horas interrumpidas hasta conseguir determinar dónde estaba la avería -le contó Ray entre bocado y bocado-. Hoy estuvimos todo el día reparándolo, así que en todo este tiempo nos hemos alimentado a base de hamburguesas grasientas del bar de la esquina y litros y litros de café. Yo debo tener un aspecto un poco asqueroso, pero comparado con el de Taggart... tendrías que haberlo visto. Yo, por lo menos, dormí un poco, pero él no ha parado en todo el tiempo. Yo no sé cómo resiste.

-Este asunto era muy importante para él -dijo Denise, tratando

de no preocuparse.

En realidad pensaba que era una locura que se olvidara así de su salud, de ella misma y de todo en general por su maldito trabajo.

-Todo lo relacionado con el trabajo es muy importante para él -contestó su hermano, leyéndole casi el pensamiento, y confirmando la dura certeza de que ella jamás podría ocupar un puesto prioritario en su vida-. Yo creo que Taggart preferiría morir antes que abandonar uno de sus proyectos -continuó Ray-.

Y a mí también me exige que esté siempre en estas ocasiones... no hay excusa que valga, claro, a no ser que me haya muerto o algo así.

-¿Cuánto tiempo estará fuera? -preguntó Denise.

Ray se encogió de hombros.

-El tiempo que haga falta. Pero qué cara tan larga, hermanita... Estás enamorada de ese tipo, ¿verdad?

Denise sabía bien que no podía mentir a su hermano, porque él adivinaba su pensamiento con sólo mirarla.

-Sí, y además mucho.

-Ya sabía yo que después de conocerse todo sería sólo cuestión de tiempo.

-Por lo que a mí respecta ha sido así, sabelotodo repelente. Pero en cuanto a Taggart, ya no estoy tan segura.

Al contrario de su hermana, Ray no parecía albergar ninguna duda con respecto a los sentimientos de Taggart.

- Pero qué dices, boba! Taggart está loco por ti.

-¿Tú crees?

-Claro! Si no, ¿por qué demonios iba a estar yo aquí en lugar de descansando tranquilamente en mi cama calientita? Más o menos me dijo que o venía aquí a explicártelo todo, o me cortaba la cabeza.

-¿De verdad? -preguntó Denise.

-De verdad de la buena.

Denise exhaló un hondo suspiro, con la cara iluminada de felicidad.

-Gracias, Ray. Necesitaba que me dijeras algo así, de verdad.

-¿El qué? Que la gente se dedica a amenazarme con cortarme la cabeza? Muy amable de tu parte, hermanita.

¿Qué tal te va? -preguntó Taggart como si acabara de verla el día anterior, cuando en realidad llevaba ya tres semanas en California y aquella era la segunda vez que la llamaba-. Denise... ¿estás ahí?

Allí estaba, efectivamente, pensando con amargura que sus

sospechas eran ciertas y que Taggart no la quería en absoluto, pues si no la habría llamado más a menudo. Estaba claro, pues, que para él ella no era más que un poco de diversión de la que se acordaba después del sacrosanto trabajo, y nada más.

-Sí, sí, estoy aquí -respondió por fin, fingiendo una alegría que estaba muy lejos de sentir-. ¿Qué tal te va con los de Rondex?

-Estupendamente, aunque con mucho trabajo. El F-X ha respondido tan bien a sus expectativas que van a solicitar otros tres. Vamos a instalar uno más en Londres y otro en su sucursal de Roma. ¿No es una suerte? -¿Y tendrás que irte? -Seguramente. Rondex quiere que yo esté presente para que todas las instalaciones se realicen sin problemas, como la de Los Angeles. De pronto parece que no se las pueden arreglar sin mí. -Me alegro mucho por ti, Taggart. Hubo un momento de silencio.

-¿Te ocurre algo, Denise? No pareces muy contenta. -No me pasa nada. ¿Por qué tendría que pasarme nada? -No lo sé, pero me pareció notarte la voz rara. -Es que me has sorprendido dormida.

-Ah -replicó Taggart, al parecer convencido de la respuesta-. ¿Qué hora es allá? -Poco más de las diez. -Tú no sueles acostarte tan temprano. ¿Acaso estás enferma? Denise no pudo reprimir una risita irónica antes de contestar. -No, no estoy enferma, no te preocupes. Hubo otro largo silencio, que vino a interrumpir Taggart, cada vez más insistente, como si hubiese notado la frialdad de Denise.

-Hoy no estás muy comunicativa, ¿verdad? -Tampoco hay mucho que decir. -¿Se puede saber a qué viene esa impertinencia? -Puedes tomarlo como mejor te parezca.

-¿He dicho algo que te haya molestado? -preguntó Taggart, confundido.

Denise se contuvo para no empezar a gritarle, pero no pudo ocultar un dejo sarcástico.

-No sé por qué piensas eso.

Hubo un corto silencio,, cargado de tensión.

-Mira, Denise, me doy cuenta de que a ti té pasa algo, y no estoy dispuesto a soltar el teléfono hasta enterarme exactamente de qué se trata.

-Muy bien -dijo por fin ella, dejando traslucir toda la amargura que la corroía por dentro-. Pensaba dejar esta conversación hasta que volvieras, pero en vista de que no sabes ni cuándo vendrás, te lo diré ahora, y acabo ya de una vez.

-¿Acabar? ¿Acabar con qué?

-Yo... he estado pensando, y no le veo mucho futuro a nuestra relación, Taggart, así que creo que lo mejor será que dejemos de

vernos. Tú y yo vemos la vida de maneras muy diferentes, y me he dado cuenta de que así no vamos a ninguna parte. Las cosas son así y no se pueden cambiar.

-Estás enfadada conmigo porque te he llamado muy poco, ¿verdad?

Que Taggart buscara un motivo tan insignificante para su decisión de romper vino a confirmar la convicción de Denise de que lo mejor era dejarlo. En aquel momento se alegraba infinitamente de no haberle dicho nunca que lo quería, ni de haber hablado de un compromiso permanente... Taggart acababa de dejar muy en claro la escasa importancia que concedía a su relación.

Era milagroso que algo con una base tan endeble, como acababa de quedar demostrado, hubiese durado tanto tiempo.

-Yo creo que una de las muchas razones que me inducen a dejarlo es la ausencia casi total de comunicación... así no vamos a ninguna parte -dijo Denise con una voz monótona, sin inflexiones.

-¿Y qué más razones hay?

-No me parece necesario empezar a enumerarlas ahora, porque no iba a arreglar nada. No quiero hacerte daño, Taggart, pero he tomado una decisión y no voy a echarme atrás.

-¿Que no quieres hacerme daño? Esto es para morirse de risa.

-Pues yo no me río, Taggart, estoy llorando -confesó Denise justo antes de colgar.

Era cierto, y todavía lloró mucho más.

CAPÍTULO DIEZ

Denise se despertó bruscamente a la mañana siguiente al oír el estrépito que hacía la puerta de su cuarto al golpear contra la pared. Sobresaltada, abrió los ojos, ardientes todavía por las lágrimas, y se encontró ante un hombre de aspecto terrible, con la barba crecida y vestido con una chaqueta arrugadísima.

-¡Ahora mismo me vas a explicar todo lo que tienes que explicarme! -gritó con voz enfurecida.

-Taggart! -gritó Denise, apartando enseguida las sábanas y saltando fuera de la cama, arrastrada por él-. Pero qué te has creído que estás haciendo! -agregó luchando en vano por soltarse de su garra de hierro.

Sin pronunciar palabra, Taggart la hizo avanzar a empujones por el pasillo y la llevó hasta el salón, donde la obligó a sentarse en el sofá.

-Pero cómo te atreves! -gritó Denise furiosa.

-¿Que cómo me atrevo? Te has aprovechado de mi ausencia para jugarme esta mala pasada, por eso me atrevo. Y ahora, por si tienes alguna duda, te diré que he viajado durante doce horas y que no estoy de muy buen humor. ¿Cómo has podido hacerme esto, Denise? -añadió, sentándose en el extremo opuesto del sofá, sin mirarla. ¿Es que lo nuestro significaba tan poco para ti?

Para su asombro, Denise se dio cuenta de que él esperaba una respuesta, y que estaba sentado a11í dispuesto a quedarse el tiempo que hiciera falta hasta que la obtuviera. Aquello, que para otra persona no tenía significado, a Denise le revelaba que Taggart no había superado aún los traumas de su infancia. Empezando por su madre, él no había recibido de las mujeres más que malos tratos... incluso ella le había hecho daño sin querer. Pero aunque era consciente de, aquello, pudieron más sus sentimientos a la hora de contestarle, y sólo supo responder a su enfado.

-Tú... no me has dejado otra elección -comenzó a decir en actitud defensiva-. Ya te dije por teléfono que me hubiera gustado esperar a que volvieras para hablarte de esto, pero estabas tan ocupado a11í con Rondex, que eso habría significado semanas de espera.

Hubo un momento de silencio. Al no recibir una respuesta airada, Denise se encontró de pronto desarmada... todo su valor y su ira desaparecieron, como por encanto. Taggart estaba a punto de averiguar, sin saberlo, que él no era el único que había salido perjudicado y herido de aquella relación. Amándolo de la manera en que lo amaba, resultaba durísimo descubrir de pronto que el

amor de él no era como el suyo, y que nunca podría serlo por culpa de un montón de circunstancias insalvables.

Tal y como se había comportado en aquellas últimas semanas, Taggart había dejado muy en claro que no estaba dispuesto a cambiar su estilo de vida, ni siquiera lo poco que hubiera hecho falta para que Denise tuviera cabida en ella porque, desde luego, estaba muy equivocado sí creía que ella estaría satisfecha con el pequeño grado de atención que le dada en medio de aquella locura de viajes y negocios. No, Denise estaba dispuesta a dar mucho, y por eso exigía también que le dieran.

-¿Qué esperabas que hiciera, Taggart? -preguntó acaloradamente-. ¿Pretendías que siguiera sufriendo en silencio hasta que tú te quisieras acordar que existo?

-Tú no me dijiste en ningún momento que estuvieras sufriendo -1e replicó Taggart con violencia, quitándose la corbata y arrojándola al suelo-. Me dijiste que comprendías los motivos que me obligaban a marcharme, y que también comprendías lo importante que era para mí este negocio con Rondex, así que me marché de aquí pensando que contaba con tu apoyo.

-Era cierto, Taggart, lo comprendía y también te apoyaba -respondió Denise alzando la voz-, y seguí comprendiéndote y apoyándote hasta que ya no pude más.

Taggart la miró indignado.

-Qué comprensiva eres, Denise! ¡Tu comprensión tan generosa casi ha durado un mes!

Denise, desesperada, se daba cuenta de que era una tarea imposible conseguir que se pusiera en su lugar, pero aun sabiéndolo, decidió hacer un intento, pues merecía la pena el esfuerzo.

-Mira, Taggart, una historia de amor, para que sea como es debido, necesita tener dos direcciones, y no solamente una... como una carretera, imagínatelo. Cuando no existe el toma y daca de rigor, los que circulan por ese camino de una sola dirección, se estrellan inevitablemente. Eso nos pasaba a nosotros, Taggart, que estábamos circulando por una carretera de sentido único, cada uno en una dirección diferente y yo he querido salirme antes que chocáramos, porque aunque duela mucho separarse así, siempre será menos que el dolor del impacto, digo yo.

-Pero tú has elegido la forma más cobarde y cruel de marcharte.

No había manera de convencerlo, seguía culpándola inexorablemente.

-Eso no es así, Taggart. No estás siendo justo conmigo -gritó

Denise, perdiendo la paciencia-. Si yo he querido romper tan rápidamente, ha sido para evitarnos sufrimientos a los dos.

-Lo habrás hecho por ti, en todo caso, porque a ti te traen sin cuidado mis sentimientos.

-¿Que a mí me traen sin cuidado tus sentimientos? -repitió Denise temblando de indignación-. ¿Y te atreves a decirme eso cuando me he pasado todo este tiempo, desde que te fuiste, no pensando en otra cosa más que en tus malditos sentimientos? Es lo último que me quedaba por oír.. . Pero no te preocupes, que no volveré a cometer nunca más el error de dedicarme a satisfacer las necesidades de un hombre a costa de las mías propias. Los hombres son todos unos ingratos. Lo he visto en mi propia casa, cuando mi padre empezó a verse tan absorbido por el trabajo que se olvidó de que tenía una mujer y unos hijos. Pero juro que a mí nunca me ocurrirá una cosa así. Cuando encuentre al hombre de mi vida, yo tendré que ser lo primero para él, antes que nada, y si no, no habrá hombre de mi vida y me quedaré tan a gusto yo sola.

-Yo he estado contigo un mes, veinticinco días y doce horas, para ser exactos. Después, sin ninguna explicación previa ni razón imaginable, te has deshecho de mí por teléfono.

-Si tan convencido estás de que te he tratado mal, Taggart, lo único que puedo decirte es que tú te lo has buscado -gritó Denise, que sin darse cuenta estaba dejando salir toda la rabia acumulada durante tantos días-. ¿Cómo querías que te explicara lo que estaba pasando? Solamente me has llamado dos veces en tres semanas, y cada vez no hemos hablado más de diez minutos. Estabas tan preocupado por tus negocios que ni siquiera te importaba lo que me estuviera pasando a mí.

- Sabes perfectamente que eso no es verdad!

-¿Que no es verdad? Dime, desde que te fuiste, ¿cuántas veces me has dicho que me echabas de menos o que me querías, di? Sí, sí, tú ahora puedes contarme que ha sido un lapsus, que tenías tantas cosas en la cabeza que se te pasó por completo, pero no vas a engañarme porque yo sé la verdad. No me echabas de menos, Taggart, estabas tan preocupado con tu operación comercial que te olvidaste de mí por completo en cuanto pusiste un pie en el avión.

-No digas ridiculeces! Estaba trabajando como un desesperado día y noche para poder volver contigo lo antes posible! Todo el tiempo que he estado a11í no he hecho más que pensar en ti. No sabes cómo he echado de menos tenerte a mi lado, hablar contigo, hacer el amor contigo! ¿Y ahora vienes tú a acusarme fríamente de que no me importas? Por favor, Denise, eso es una falsedad y tú lo

sabes mejor que nadie!

-Pues no lo sé!

Cuántas veces había oído Denise a su padre decirle aquellas mismas cosas a su madre. No, no podía aceptar lo que le decía Taggart, porque habría sido exponerse al mismo sufrimiento que tuvo que soportar su madre durante su desgraciado matrimonio.

No hay mal que por bien no venga, y afortunadamente ella había averiguado cómo era Taggart cuando aún estaba a tiempo para rectificar.

-Mira, Taggart, la conclusión que he sacado de lo nuestro es que yo he sido para ti el entretenimiento principal durante mucho tiempo, hasta que llegó el momento en que te has sumergido tanto en tu trabajo que ya no te quedó tiempo para tu diversión favorita, ósea, yo... si siguiéramos, esta situación que estamos viviendo ahora, se repetiría hasta la saciedad, porque en tu vida no hay sitio para mí, y punto. ¿Es que no te das cuenta? -agregó en un susurro, pues ya no le quedaban fuerzas para gritar más-. Para mí no es suficiente una relación así.

Taggart dejó escapar un suspiro que tenía bastante de desesperación y se pasó la mano por los cabellos revueltos. Cuando hablo, lo hizo con voz apenada.

-Denise, me parece que lo que pasa aquí es que has sacado las cosas de quicio. Créeme, tú para mí eres mucho más importante que cualquier otro asunto de negocios -al oír esto, Denise estuvo a punto de creerlo, pero por desgracia Taggart se encargó de estropearlo casi inmediatamente, al añadir-: Dentro de tres o cuatro semanas habré acabado el trabajo con Rondex.

Denise cerró los ojos, sabiendo que él no se daba cuenta del daño que acababa de hacerle sin proponérselo. Claro que creía que volvería a ser importante para él, pero tendría que esperar tres semanas, o un mes. Pero más adelante, poco a poco los plazos de espera se irían alargando y se convertirían en años, y años, y años...

-¿Es que es mucho pedir? -insistió Taggart, exasperado por su silencio-. Sólo será cuestión de tres semanas, y después podremos estar juntos todo el tiempo que queramos.

-Hasta que te surja un nuevo proyecto y tengas que marcharte corriendo otra vez -replicó Denise tristemente.

Denise hubiera querido sentarse a su lado, pero sabía que hacerlo habría significado desearlo... y no podría permitirse el lujo de desear a un hombre al que sabía que no iba a poder amar.

En lo concerniente a su padre, ella no había tenido más remedio que soportar el estilo de vida que él había elegido, porque era su

padre... Pero con Taggart era diferente. Tenía la oportunidad de hacer valer su voluntad, y por muy duro que le resultara, no iba a tener más remedio que tomar la decisión más prudente.

Lo que ella no podía hacer, desde luego, era quedarse tranquilamente de brazos cruzados contemplando cómo él se destrozaba sin remedio con exceso de trabajo... y eso era lo que iba a ocurrir, ni más ni menos, si seguían juntos. El problema fundamental era que Taggart se resistía a admitir que el "estrés" al que se sometía acabaría por matarlo un día a otro... Si seguían juntos, ella no podría contenerse, y se lo repetiría todos los días, de manera que al final su relación fracasaría, pues no dejarían de discutir.

Denise se levantó del sofá y avanzó unos pasos, con un gesto que más que agresivo, era defensivo.

-Haz el favor de mirarte un poco, Taggart. Estás tan agotado que ni siquiera puedes tenerte en pie... ¡pero claro! Cómo tu salud te importa tan poco como yo, o incluso menos, no estás dispuesto a malgastar tu precioso tiempo en preocuparte un poco por ella, ¿verdad? Lo siento muchísimo, pero yo no estoy dispuesta a presenciar de una forma pasiva, cómo destrozas lentamente tu vida.

Taggart se levantó de un salto, echando chispas por los ojos.

-Así que es eso!, ¿Eh? Debería haberme figurado que detrás de todo esto se escondía tu obsesión por la salud. ¿Es que no te cansas de cavar mi tumba?

Denise le replicó sin pensar.

-De eso nada, Taggart! ¡Aquí quien se está cavando su propia tumba eres tú, para que te enteres! ¡Pero no estoy dispuesta a permitir que me dejes convertida en una viuda joven! Yo necesito tener en la cama a un hombre vivo y caliente, no a un cadáver.

Taggart tardó cierto tiempo en asimilar lo que acababa de oír, pero cuando lo hizo su respuesta fue cruel.

-Perdona que te diga que para convertirte en viuda, haría falta que estuviéramos casados, y si no recuerdo mal, aquí nadie ha hablado de matrimonio, y menos yo.

-Pues para que te enteres, si me propusieras que nos casáramos, te diría que no!

-Maravilloso -contestó él con auténtica saña porque no te lo he pedido ni pienso pedírtelo.

-Mejor para mí -repuso ella, haciendo acopio de todas sus fuerzas para disimular el daño que le hacía oírlo hablar así.

Quedaba claro ahora que los sentimientos de Taggart hacia ella nunca habían sido demasiado fuertes, pues de lo contrario habría

pensado en el matrimonio. También significaba que ella se había engañado al concebir esperanzas con él.

Fue tan grande la pena que sintió al pensar aquello, que la experimento casi como un dolor físico.

-Ojalá no te hubiera conocido nunca, Taggart, porque eres un egoísta! Y lo peor es que yo sabía desde el principio que esto no podía salir bien! Tú no eres bueno para mí!

-Te equivocas, Denise, no soy yo, eres tú misma. Nuestra relación ha fracasado no porque yo no sepa llevar el exceso de trabajo, no. Eres tú quien no sabe llevarlo. Eres incapaz de darte cuenta de que, por muy empeñada que estés, yo no soy como tu padre, y además no tengo ninguna intención de acabar con mi vida. Antes de conocerte, pasaba todo el tiempo trabajando porque no tenía otra cosa mejor que hacer, no por instinto de autodestrucción ni nada de eso -hubo un momento de silencio, y después, mirándola fijamente a los ojos, añadió-: Eres tú quien no puede cambiar, Denise; no puedes superar tus miedos. Si no estuvieras ciega, te habrías dado cuenta que yo sí he cambiado. Yo creía, de verdad, que había encontrado por fin lo que me faltaba en la vida, algo que compartir, una mujer en la que podía confiar plenamente. Contigo, creí que lo tenía todo.

Mientras escuchaba, Denise sentía un nudo en la garganta que le impedía pronunciar palabra. Fue testigo de cómo la expresión de Taggart fue cambiando, hasta que al fin, las barreras de que se había rodeado durante toda su vida volvieron a levantarse. Clavó en ella una mirada fría y añadió:

-Qué equivocado estaba, ¿verdad? En realidad no tenía nada que valiera la pena mantener. He sido un imbécil al volver corriendo para hablar contigo, como he hecho. Tú misma sabes cómo eres, y sabes que por mucho que yo diga o haga no voy a conseguir que cambies de opinión. Ha sido una necedad de mi parte intentarlo.

Denise vio entonces en sus ojos todo el dolor, la ansiedad frustrada... y supo que aquel era un adiós definitivo.

La besó... no con ternura, sino con desesperación, como si quisiera revivir con aquel beso todo lo que habían compartido. Denise entreabrió los labios y se abandonó por completo...

El beso se prolongaba indefinidamente, y Denise, que ya no tenía ni aliento, perdió por completo la noción del tiempo y el espacio. Supo entonces mejor que nunca, y con dolor, que su mundo entero era Taggart, que lo amaba a él y que nunca podría amar a otro hombre, porque lo seguiría queriendo siempre. Taggart, su cuerpo cálido, sus labios, los latidos de su corazón, que sentía

perfectamente. Y de pronto el mundo se hizo añicos a su alrededor.

Taggart la soltó bruscamente y retrocedió unos pasos.

-Yo no puedo cambiar tus sentimientos, Denise; eso lo tienes que conseguir tú. Lo único que puedo hacer yo es amarte y seguirte amando.

Cuando Denise se recobró del shock que le habían producido aquellas últimas palabras y quiso seguirlo, Taggart ya había salido por la puerta principal. Salió corriendo, pero se encontró con que ya había arrancado el coche y se alejaba.

-¿Me quieres? -gritó de pie en medio de la cama-. Taggart! ¿De verdad me quieres?

Pero él, que no debía oírla desde el coche, ni siquiera se volvió, y se alejó a toda velocidad.

-Me ama -repitió Denise en voz alta para sí, tratando de convencerse de la verdad de aquella afirmación.

No podía ser posible, pues, si la amaba, ¿cómo podía haberse ido de esa manera? ¿Es que no se había dado cuenta de su reacción al oírselo decir?

Enseguida se dio cuenta de que, por culpa del acaloramiento de la discusión, había pasado una cosa importantísima por alto. Estaba claro que si Taggart había recorrido miles de kilómetros para hablar con ella era porque en realidad ella era lo más importante de su vida, no cabía otra explicación. Y ahora que sabía aquello, no podía de ningún modo, dejarlo marchar, pues antes necesitaba que le aclarara muchas, muchas cosas.

Denise volvió dentro de la casa y tardó menos de un minuto en ponerse los pantalones vaqueros y un jersey. Diez minutos después, llegaba con el coche frente a la casa de Taggart. Se estacionó, salió como una flecha, y ni siquiera se molestó en llamar a la puerta... la abrió de par en par y corrió de una habitación a otra gritando su nombre.

Tardó un buen rato en caer en la cuenta de que si Taggart no le contestaba era porque no estaba en la casa. Se quedó un momento desconcertada, sin saber qué hacer ni adónde dirigirse.

¿En dónde podía estar? ¿En el aeropuerto? ¿Estaría ya en camino de Los Angeles, o quizá en su oficina? También cabía la posibilidad de que hubiera ido a casa de su hermano... No, no podía ser que

se hubiera ido después de haberle dicho aquello sin dejarle por lo menos opción para responder. De todas formas, ella tenía que decirle lo que pensaba, aunque tuviera que seguirlo por medio mundo.

Ya se encontraba en su coche, a punto de arrancar, cuando sintió el ruido de otro motor que se ponía en marcha. El barco! ;Taggart estaba a punto de salir a navegar, y si se daba prisa, aún podía alcanzarlo antes que se alejara del muelle!

Lo de correr, y sobre todo, correr a toda velocidad, nunca había sido la especialidad de Denise, pero dadas las circunstancias, llegó al porche delantero de la casa de Taggart en un tiempo récord.

Tampoco había practicado nunca la modalidad de salto de obstáculos; sin embargo saltó los arbustos del terreno que separaba la casa del lago con agilidad asombrosa. Lo que ya resultó más complicado fue saltar desde el muelle al barco en movimiento, sobre todo teniendo en cuenta que la distancia era considerarable, pero de un modo a otro, se las arregló.

Sin embargo, cuando Taggart paró el motor y salió de la cabina para averiguar qué había sido aquel golpe en la popa, Denise no podía ni hablar.

-¿Pero qué diablos estás haciendo? -preguntó atónito, dirigiéndose hacia ella.

Denise se encontraba tirada sobre cubierta, con la boca abierta, como un pez que acabara de ser pescado. Aunque se lo hubiera propuesto, no habría conseguido hacer una entrada más dramática.

Taggart la miró con una mezcla de preocupación y extrañeza... pero cuando vio que no podía hablar, se apoderó de él la ansiedad, y se arrodilló alarmado junto a ella.

-Denise! ¿Te has echo daño? --diciendo esto, le recorrió el cuerpo con las manos, como si buscara algún hueso roto-. Eres imposible...diga la última palabra, como tú dices, di lo que sea y rápido, pero que quede claro que nosotros hemos terminado! ¿Te enteras? ¡Ya he aguantado bastante!

-Muy bien, me parece perfecto -exclamó Denise, sin dejarse intimidar por sus gritos.

-Entonces di cuanto antes lo que tengas que decir, y, después, quítate de mi vista!

-Tranquilo, que después me iré, y cuanto más lejos, mejor. Me importa un pimiento lo que tú creas, pero yo te quiero a ti mucho más de lo que tú me quieres, Taggart Bradshaw... y me parece vergonzoso que salgas huyendo de esa manera después de haberme dicho lo que me has dicho en mi casa!

-Pues a mí no me parece vergonzoso! Tú eres quien. .. -de pronto se quedó callado, como si acabara de comprender lo que había oído. La miró con los ojos muy abiertos, y preguntó-: ¿puedes repetir lo que me has dicho?

-Me has oído perfectamente, así que no me vengas ahora haciéndote el tonto -respondió Denise temblando-. Seré una niña mimada y todo lo que quieras, Taggart, pero te quiero como nadie puede quererte, ¿té enteras? Te guste o no, me temo que no té queda más remedio que quedarte conmigo.

Taggart la miró sin moverse y sin hablar, completamente estupefacto. Denise, que ya no podía soportar ni un momento más, se abalanzó sobre él y lo abrazó por la cintura.

-No sabes lo mucho que te quiero, Taggart, y el daño que me hacia creer que tú no me amabas. No sé si te habrás percatado, pero ,nunca me has dicho que me querías. Te fuiste, dejándome sola semanas y semanas, sin llamarme. ¿Cómo querías que yo supiera, lo que sientes en realidad?

Aterrorizado, comenzó a hacerle un montón de preguntas y recriminaciones, pero Denise, que todavía no había recobrado el aliento, no tenía ni fuerza para contestarle.

-¿Pero en qué estabas pensando? ¿No te diste cuenta de que el barco se movía? ¿Es que querías matarte? ¿En dónde te has hecho daño? Denise! ¿Te duele mucho?

Denise se llevó la mano al pecho, queriéndole indicar que no podía respirar, y también que lo que le dolía era el corazón. Taggart la levantó inmediatamente el jersey, y puso la mano sobre su pecho desnudo, tocándola con los dedos... Denise sintió un escalofrío, y como por arte de magia, empezó a respirar, ya sin dificultad.

Sin darse cuenta, al parecer, del efecto fulminante que había surtido en ella aquella caricia, Taggart apartó la mano y volvió a bajarle el jersey. Denise decidió que lo mejor sería hablarle antes y tocarlo después, pues si lo tocaba primero, sabía demasiado bien lo que iba a ocurrir. Así que se incorporó como pudo, y dijo en un susurro ahogado:

-No... no me pasa nada... Es que me quedé sin respiración del golpe que me di. Tenía que... hablar contigo inmediatamente. Taggart. Entérate de que en este asunto tú no tienes la última palabra, sobre todo después de...

- No te creo! ¿Así que te has tirado al barco en plan suicida sólo porque no querías que yo dijera la última palabra?.Y luego tienes la desfachatez de decirme que yo soy el orgulloso y el egoísta! -añadió indignado, poniéndose en pie.

A continuación le tendió la mano, la ayudó a levantarse, y después, acercándose a ella hasta que los separaron sólo unos centímetros, dijo:

-Escúchame bien, mocosa mimada! ¡Si quieres ser tú quien ...

Denise lo sintió temblar entre sus brazos, y supo en seguida que lo había conmovido, y que su angustia, tan patente un momento antes, empezaba a dar paso a la esperanza. Lo abrazó más fuerte, sintiendo cómo los latidos de su corazón se aceleraban.

-¿Tú me quieres? -preguntó Taggart tan asombrado como ella cuando él se lo había dicho en su casa.

Denise sabía muy bien cómo se sentía, y lo mucho que necesitaba una rápida respuesta.

-Sí, Taggart, te quiero, te quiero te quiero, te quiero...

-No lo comprendo, Denise. Hace diez minutos me estabas diciendo. ..

-Hace diez minutos yo no sabía que tu también me querías. Ella sintió que daba un respingo de sorpresa, y estaba a punto de repetirle una vez más que debería haberle dicho antes que la quería, cuando se dio cuenta que otro error suyo había sido no comprender que Taggart era un hombre que, por unas razones a otras, encontraba gran dificultad en exteriorizar sus sentimientos. Era una persona débil en el fondo y solitaria que tenía miedo de que ella, que tanto le importaba, pudiera hacerle daño. Él le había dicho que la amaba, sí, pero no con palabras, sino con su manera de actuar.

Denise levantó la cabeza y, con una sola mirada, le dijo lo mucho que lo amaba y lo vulnerable que la hacía aquel sentimiento... Si él se arriesgaba, ella también.

-No sabes cuánto te he echado de menos, Taggart. Estas tres semanas me han parecido tres años. Cuando me llamabas, te notaba tan distraído, que empecé a temer que estuvieras perdiendo el interés por mí... y no podía soportar la idea. Te quiero tanto... y tú de lo único que me hablabas era de ese estúpido computador F-X.

Taggart tenía los ojos sospechosamente brillantes.

-Pero el F-X es mucho menos estúpido que el imbécil que lo hizo. Yo no sé por qué, pero en aquellas tres semanas de separación quería demostrarte que te quería... no se me podía ocurrir que tú pensaras otra cosa. He sido un estúpido.

Denise sonrió.

-Tampoco seas demasiado duro contigo... Yo también estaba en lo mío y no supe comprenderte, así que la culpa viene a ser de los dos.

Taggart le dio un beso y después la miró a los ojos.

-De todas maneras pienso que tú tenías razón para estar preocupada. No sabes cuánto siento haberte hecho pasar por esto... ¿sabes? A mí siempre me ha costado mucho expresar lo que siento con palabras... Decirte que te amaba no me parecía suficiente,

porque lo que me haces sentir es aún más grande que eso. Por eso, antes de no ser exacto, preferí no decirte nada. No me pasaba por la imaginación que tú pudieras dudar de mis sentimientos.

-Es que soy un poco torpe a veces para comprender, ¿sabes? -dijo Denise con una sonrisa.

Taggart le hizo un guiño. .

-Te prometo que a partir de ahora, cuando quiera decirte algo, te lo diré con palabras. Ya no hará falta que lo adivines.

-Pero dime, Taggart, no he entendido muy bien qué era lo que esperabas que creyera yo mientras tú estabas fuera.

-Puede que te parezca un poco absurdo, Denise, pero como yo no hacía más que pensar en ti, yo creía que tú comprenderías lo que estaba haciendo. Mientras estuve en Los Angeles me maté trabajando, por eso cuando te llamaba me encontrabas raro. No era que estuviese distraído, no. Lo que me pasaba era que estaba tan agotado que apenas si tenía fuerzas para hablar.

-Pues te comunico que ese ritmo de trabajo tiene que cambiar. No puedes pasarte la vida maltratándote así, Taggart.

-Ya sé, ya sé, no me lo repitas... tú quieres en to cama un hombre que esté vivito y coleando.. no un cadáver.

Denise lo miró un poco preocupada.

-Perdóname, Taggart. Me doy cuenta de que me pasé al decirte eso.Taggart la tomó en brazos y entró con ella en la cabina. Al descender el último escalón, la dejó parada en el suelo.

La miró entonces muy serio y le dijo:

-No me va a resultar fácil romper así de pronto con las malas costumbres que he ido adquiriendo durante años, pero puedes estar tranquila, porque estoy seguro de que nunca perderé mi entusiasmo en la cama.

Efectivamente, antes que llegaran al camarote, él ya se había desnudado. Una vez en la cama, comenzó a desvestirla a ella mientras le decía:

-Además, si no me comporto como tú quieras, siempre to queda la salida de hipnotizarme.

El sonido de su voz era tan sensual como el contacto de sus labios deslizándose por su piel desnuda.

-Luego -añadió él-, cuando me tengas hechizado, puedes sugestionarme para que haga todo lo que quieras... Piensa en todas las cosas que podría hacer con to maravilloso cuerpo desnudo...

Denise gimió, pues él ya había comenzado a hacer ciertas cosas sin que ella lo hubiera hipnotizado.

-Antes no querías que to hipnotizara bajo ningún concepto...

Apoyando la cabeza en sus senos, Taggart respondió:

-No hacía falta que me hipnotizaras. De hecho, nunca ha hecho falta. Porque tú me has tenido hechizado desde el principio, Denise. Desde el principio.

Entonces se abrazaron, y Denise supo que aquel hechizo duraría ya para siempre.